

Watchman Nee



remos



EDITORIAL VIDA

*Cre*mos

Watchman Nee


EDITORIAL
Vida

DEDICADOS A LA EXCELENCIA

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe

ISBN 0-8297-1046-9

Categoría: Devocionales / Inspiración

Este libro fue publicado en inglés con el título
Let Us Pray
por Christian Fellowship Publishers, Inc.

© 1977 por Christian Fellowship, Inc.
Edición en idioma español © 1980 por EDITORIAL
VIDA Miami, FL 33166

Reservados todos los derechos

Cubierta diseñada por John Cote

Printed in the United States of America

03 * 20 19 18

ÍNDICE

1.	¿Que es la oración?	7
2.	Oremos de acuerdo a la voluntad de Dios	23
3.	La oración y la obra de Dios	33
4.	El Principio de orar tres veces	49
5.	La oración que resiste a Satanás	55
6.	Observaciones sobre la oración	85
7.	Las tácticas quebrantadoras de Satanás	97

1. ¿QUE ES LA ORACIÓN?

La oración es el acto más maravilloso del plano espiritual y también algo que encierra un gran misterio.

La oración: un misterio

La oración es un misterio, y después que hayamos considerado unas cuantas preguntas referentes a este asunto, creo que apreciaremos todavía más el carácter misterioso que rodea a la oración, pues son preguntas muy difíciles de contestar. Con todo, esta observación no se hace para sugerir que el misterio de la oración es incomprensible, o que los varios problemas envueltos en la oración son inexplicables. Es sólo para indicar el hecho de que son muy pocos los que realmente saben mucho acerca de estos problemas. Como consecuencia, son muy pocos los que en la oración pueden realizar mucho para Dios. El poder de la oración está, no en lo mucho que oremos, sino en el grado que nuestras oraciones sean conformes con el principio

8 *Oremos*

fundamental de la oración. Solamente las oraciones de esta clase son de verdadero valor.

Las preguntas principales que se hacen son: ¿Por qué orar? ¿Cuál es la utilidad de orar? ¿No es Dios omnisciente y omnipotente? ¿Por qué tiene Dios que esperar hasta que nosotros oremos antes de comenzar a obrar? Puesto que Dios ya lo sabe, ¿por qué tenemos que decírselo todo? (Filipenses 4:6). Puesto que Dios es todopoderoso, ¿por qué no obra directamente? ¿Qué necesidad tiene Dios de nuestras oraciones? ¿Por qué solamente los que piden, reciben; solamente los que buscan, hallan; y solamente a los que llaman, se les abre? (Mateo 7:7). ¿Por qué dice Dios: "No tenéis... porque no pedís"? (Santiago 4:2)

Después de haber hecho las preguntas que preceden, debemos continuar la reflexión del modo siguiente: ¿Es la oración contraria a la voluntad de Dios? ¿Cuál es la relación entre la oración y la justicia?

Sabemos que Dios nunca hace nada contra su propia voluntad. Si la voluntad de Dios es abrir puertas, ¿por qué tiene que esperar a que nosotros llamemos para abrirlas? ¿Por qué no nos las abre sencillamente, tal como es su voluntad, sin exigirnos que llamemos? Puesto que Dios es omnisciente, sabe que necesitamos tener las puertas abiertas; entonces, ¿por qué tiene que esperar a que llamemos para abrírnoslas? Si es necesario que la

puerta se abra, y si el abrir puertas está de conformidad con la voluntad de Dios y, además, El sabe que necesitamos que esa puerta se abra, ¿por qué espera a que llamemos? ¿Por qué no la abre directamente? ¿Qué ventaja obtiene Dios de que nosotros tengamos que llamar?

Además, tenemos que hacer todavía estas preguntas: Ya que la voluntad de Dios es abrir la puerta, y ya que el abrir la puerta está dentro de lo justo, con todo, ¿abrirá Dios la puerta si nosotros no llamamos? ¿Perferirá Dios que su voluntad y la justicia se retrasen y no se cumplan, a fin de esperar nuestras oraciones? En realidad, ¿permitirá Dios que su voluntad de abrir puertas quede restringida porque nosotros no llamamos?

De ser así, ¿no estaríamos nosotros limitando la voluntad de Dios? ¿Es Dios realmente todopoderoso? Si es todopoderoso, ¿por qué no puede abrir la puerta por sí mismo? ¿Por qué, en vez de ser así, tiene Dios que esperar a que llamemos? ¿Puede Dios realmente cumplir su propia voluntad? Pero si en realidad puede, entonces ¿por qué el hecho de que Dios abra las puertas (tal como es su voluntad) depende de que nosotros llamemos (las oraciones del hombre)?

Al hacer todas estas preguntas nos damos cuenta de que la oración es un gran misterio. Pues aquí vemos un principio del modo en que Dios obra, y es el siguiente: que el pueblo de Dios tiene que orar

10 *Oremos*

antes de que el mismo Dios se mueva y obre. Su voluntad se realizará solamente a través de las oraciones de los que le pertenecen. Las oraciones de los creyentes hacen que se cumpla la voluntad de Dios. Dios no cumplirá su voluntad solo; la cumplirá solamente cuando sus fieles le demuestren su apoyo por medio de las oraciones.

Siendo la realidad así, puede decirse que la oración no es sino un acto del creyente que trabaja junto con Dios. La oración es la unión del pensamiento del creyente con la voluntad de Dios. La oración que un creyente dice en la tierra, es la proclamación de la voluntad del Señor en el cielo. La oración no es expresar nuestra súplica para que Dios nos conceda lo que pedimos y satisfaga nuestro deseo egoísta. No es forzar al Señor a cambiar su voluntad y que haga lo que no quería hacer. No, la oración es simplemente expresar la voluntad de Dios por medio de la boca del creyente. Ante Dios, el creyente pide en la oración que se cumpla la voluntad del Señor.

La oración no cambia lo que Dios ha determinado. La oración nunca cambia nada; simplemente logra lo que Dios ya ha determinado de antemano. Sin embargo, la falta de oración sí que produce un cambio, porque Dios permitirá que muchas de sus resoluciones se suspendan, debido a la falta de cooperación de parte de su pueblo en cuanto a la oración.

"De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mateo 18:18). Conocemos muy bien estas palabras del Señor. Sin embargo, debemos darnos cuenta de que estas palabras se refieren a la oración. Y van seguidas inmediatamente por esta afirmación de Cristo: "Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos" (v. 19).

El cielo gobernado por la tierra

Aquí se muestra claramente la relación entre la oración y la obra de Dios. Dios en el cielo atará y desatará solamente lo que sus hijos en la tierra hayan atado y desatado. Muchas cosas hay que necesitan atarse, pero Dios no las atará por sí solo. El quiere que su pueblo las ate en la tierra primero, y entonces El las atará en el cielo. Muchas cosas hay también que deben desatarse; pero de nuevo, Dios no quiere desatarlas por sí solo: El espera hasta que su pueblo las desate en la tierra y entonces El las desatará en el cielo. ¡Pensemos en esto! ¡Todas las acciones del cielo están gobernadas por las acciones de la tierra! Y de la misma forma, ¡todos los movimientos del cielo están limitados por los movimientos en la tierra! Dios se recrea grandemente poniendo todas sus obras bajo el control de su pueblo. (Sin embargo, hay que señalar que estas palabras en Mateo no están dirigidas a hombres carnales, pues éstos no están capacitados

12 *Oremos*

para entenderlas. Aquí »debemos llevar mucho cuidado para que no intervenga la carne, pues de suceder así, ofenderíamos a Dios en muchos aspectos.)

Hay un pasaje en Isaías en el que hallamos el mismo pensamiento que encontramos en el de Mateo: "Así dice Jehová, el Santo de Israel y su Formador: Preguntadme de las cosas por venir; mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos" (45:11). Al considerar estas palabras debemos ser verdaderamente piadosos, no permitiendo que la carne intervenga furtivamente. ¡Dios desea que hombres humildes como nosotros le den órdenes a El! ¡A nuestro mandato, El comienza a hacer su obra! Cualquier acción que Dios tome en el cielo, sea para atar o desatar, todo lo hace siguiendo las órdenes que nosotros damos en la tierra.

Antes de que el cielo ate, la tierra debe atar primero; antes de que el cielo desate, primero tiene que desatar la tierra. Dios nunca hace, nada contra su voluntad. No es que porque la tierra haya atado algo, entonces el Señor esté forzado a atar lo que no quería atar. Tal cosa nunca sucede. El ata en el cielo lo que ha sido atado en la tierra, simplemente porque la voluntad de Dios siempre ha sido atar lo que la tierra por fin ha atado. El espera hasta que su pueblo en la tierra ate lo que el cielo ha aspirado a atar, y entonces El escucha la orden de sus hijos y ata para ellos lo que le han pedido. El mismo hecho

de que Dios quiera escuchar el mandato de su pueblo y atar lo que ellos han atado, es evidencia de que El ya quería atar (pues todos los deseos de Dios son eternos). ¿Por qué no ata Dios antes? Puesto que su voluntad es atar, y su voluntad es eterna, ¿por qué no ata antes lo que debe atarse de acuerdo a su propia voluntad? ¿Por qué tiene Dios que esperar a que la tierra ate antes de que El ate en el cielo? ¿Es verdad que lo que no se ata en la tierra no puede atarse en el cielo? Si hay retraso en atar en la tierra, ¿habrá también retraso en el cielo? ¿Por qué tiene Dios que esperar a que la tierra ate, antes de atar El lo que desde hace tiempo ha querido atar?

Deseo decir que al contestar estas preguntas, el creyente puede hacerse más útil en las manos de Dios. Ya sabemos la razón por la que el hombre fue creado. Dios crea al hombre para que éste se una a El para derrotar a Satanás y sus obras. Como el hombre es creado con libre voluntad, se espera que use su voluntad para unirse a la voluntad de Dios y oponerse a la voluntad de Satanás. Este es el propósito de la creación y también el propósito de la redención. La vida entera del Señor Jesús demuestra este principio. Aunque no sabemos la razón de por qué, sin embargo, sí sabemos que Dios no obrará independientemente. Si el pueblo de Dios falla en «mostrarse concorde con El sometiendo su voluntad a Dios y expresando con sus oraciones que desean lo mismo que El, Dios preferirá esperar y retrasará su obra. Dios no quiere obrar solo. El

14 *Oremos*

Señor exalta a su pueblo pidiéndole que obre con El. Aunque El es todopoderoso, se recrea en tener su omnipotencia limitada por sus hijos. Por muy celoso que Dios sea de su propia voluntad, permitirá por un tiempo que Satanás esté a la ofensiva, si el pueblo de Dios se olvida de la voluntad divina y falla en mostrar su acuerdo cooperando con el Señor.

Oh, si los hijos de Dios no fueran hoy tan fríos como evidentemente son, si estuvieran más dispuestos a negarse a sí mismos y a someterse a la voluntad de Dios, teniendo más interés en la gloria divina y guardando la palabra del Señor. Entonces se realizaría rápidamente lo que Dios ha deseado eternamente con referencia a esta época, la iglesia no estaría en la confusión en que está, los pecadores no se endurecerían tanto, la venida del Señor Jesús y de su reino se apresuraría, Satanás y sus fuerzas serían arrojados mucho antes al abismo sin fondo, y el conocimiento del Señor se extendería más rápidamente sobre toda la tierra. Debido a que los creyentes se ocupan demasiado de sus propios asuntos y fallan en trabajar unidos a Dios, muchos enemigos y mucho crimen continúan sin ser vencidos, muchos pecadores permanecen en su esclavitud y muchas gracias dejan de concederse. ¡En qué medida tan grande la tierra impone restricciones al cielo! Ya que Dios nos respeta tanto, ¿no podemos nosotros confiar en El en la misma forma?

¿Cómo atamos nosotros lo que Dios intenta atar? Y ¿cómo desatamos lo que Dios intenta desatar? La contestación que el Señor Jesús da es ésta: "Pónganse de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan." Esto es oración; la oración del cuerpo de Cristo. El punto culminante de nuestro trabajo en unión con Dios está en pedir, todos de común acuerdo, que Dios haga lo que El desea hacer. Para el que ora, el verdadero significado de la oración es orar por el cumplimiento de la voluntad de Aquel a quien él ora. La oración es la ocasión en que expresamos nuestro deseo por la voluntad de Dios. La oración significa que nuestra voluntad está de acuerdo con la de Dios. De no suceder así, no hay verdadera oración.

"Yo" y la oración

¿Cuántas oraciones hoy día expresan verdaderamente la voluntad de Dios? En nuestras oraciones, ¿en qué medida nos olvidamos completamente de nosotros mismos y buscamos solamente la voluntad del Señor? ¿Cuántos creyentes trabajan realmente en unión con Dios en la oración? ¿Cuántos de nosotros declaramos diariamente ante Dios su voluntad y derramamos nuestro corazón en la oración para que El haga su voluntad, cualquiera que sea, tal como El nos la ha dado a conocer? ¡Reconozcamos claramente que el egoísmo es tan evidente en la oración como en las demás áreas! ¡Qué numerosas son las peticiones

para nosotros mismos! ¡Qué fuertes son nuestras opiniones, deseos, planes y propósitos! Estando tan llenos de nosotros mismos, ¿cómo podemos esperar poder olvidarnos completamente de nosotros y buscar la voluntad de Dios en la oración? La negación de uno mismo hay que ponerla en práctica en todas partes. En la oración es tan esencial como en la acción. Nosotros los redimidos, debemos saber que nuestro deber es vivir para el Señor, para El, que murió por nosotros y ahora vive para nosotros. Debemos vivir enteramente para El y no buscar nada para nosotros mismos. En nuestra vida de consagración, la oración es una de las cosas que tenemos que consagrar.

Con referencia a la oración, en nuestro normal modo de entender prevalece un serio error, que es el de que con frecuencia pensamos en la oración como en una oportunidad para expresar lo que nosotros necesitamos, que es nuestro grito a Dios pidiendo ayuda. No vemos que la oración es el pedir a Dios que llene sus necesidades. Debemos entender que el plan de Dios no es el de permitir a los creyentes que logren sus propios fines por medio de la oración, sino que es Dios el que debe lograr sus propósitos por medio de las oraciones de los creyentes. Con esto no se quiere decir que los cristianos nunca deben pedir al Señor que supla sus necesidades. Sólo se quiere indicar lo importante que es que primero entendamos el significado y los principios de la oración.

Siempre que un creyente tenga una necesidad, en primer lugar debe preguntar: ¿Afecta a Dios mi necesidad? ¿Quiere el Señor que yo esté en necesidad? ¿O es su voluntad suplir mi necesidad? Cuando veamos que la voluntad de Dios es suplir nuestra necesidad, entonces podemos pedirle que cumpla su voluntad supliendo lo que necesitamos. Tan pronto como conozcamos su voluntad, ya podemos orar de acuerdo a la voluntad de Dios que ya conocemos. Entonces oramos para que El haga su voluntad. Ahora la cuestión ya no es que nuestra necesidad sea satisfecha, sino que la voluntad de Dios se haga. Aunque ahora nuestra oración no sea muy diferente de la del pasado, sin embargo lo que ahora buscamos es que la voluntad del Señor en este asunto personal nuestro se haga, y no que nuestra propia necesidad se supla. Cuántos fallos hay aquí; los creyentes con frecuencia dan prioridad a sus propias necesidades; y aunque saben que la voluntad del Señor es suplirlas, con todo, en sus oraciones, no pueden olvidarse de mencionar primero sus propias necesidades.

No debemos orar solamente por nuestras necesidades. En el cielo y en la tierra sólo hay una oración que sea legítima y aceptable a Dios: la de pedir al Señor que cumpla su voluntad. Nuestras necesidades deben desaparecer en la voluntad de Dios. En cuanto veamos cuál es la voluntad de Dios con referencia a nuestra necesidad, inmediatamente debemos dejar a un lado la necesidad y pedirle que haga su voluntad. Pedir directamente al Señor que

supla nuestras necesidades, cualesquiera que sean, no puede considerarse oración del nivel más alto. La oración por las necesidades personales se debe hacer indirectamente, pidiendo primero que se haga la voluntad del Señor. Este es el secreto de la oración, la llave de la victoria en la oración.

El propósito de Dios es que estemos tan llenos de su voluntad que olvidemos nuestros propios intereses. El nos llama a que trabajemos junto con El en el cumplimiento de su voluntad. La manera de trabajar juntos es la oración. Por esta razón Dios quiere que sepamos cuál es su voluntad con referencia a todas las cosas, para que así podamos orar de acuerdo a su voluntad.

La verdadera oración es realmente un trabajo. Orar de acuerdo a la voluntad de Dios y orar solamente por su voluntad es verdaderamente un trabajo en el que nos negamos a nosotros mismos. A menos que estemos completamente vacíos de nosotros mismos, sin ningún interés propio, viviendo completamente para el Señor y buscando solamente su gloria, no querremos lo que el Señor quiere, ni buscaremos lo que El busca, ni oraremos por lo que El quiere que oremos. Ciertamente que el trabajar para Dios sin ningún interés propio, es muy difícil; pero orar para El sin ningún interés propio, es todavía más difícil. Pero aun así, todos los que viven para Dios deben hacer esto.

En las generaciones pasadas el Señor no hizo muchas cosas que puede y quiere hacer, por la falta de cooperación de sus hijos. El fallo no está en Dios, sino en su pueblo. Si revisamos nuestra historia personal, veremos el mismo triste estado. Si hubiéramos tenido más fe y más oración, nuestra vida no habría sido tan ineficiente. Lo que el Señor busca ahora es que sus hijos estén dispuestos a unirse a su voluntad y a declarar esta unión por medio de la oración. Ningún creyente ha experimentado nunca completamente la grandeza de lo que se puede lograr por medio de la unión con la voluntad de Dios.

La oración: Preparar el camino de Dios

Un siervo del Señor ha dicho muy bien: "La oración es la vía para la obra de Dios." En efecto, la oración es para la voluntad de Dios lo que la vía es para el tren. La locomotora es una máquina de gran potencia, puede recorrer dos mil kilómetros en un día. Pero si no hay vía, no puede avanzar ni un metro. Si trata de ponerse en marcha sin vía, pronto se atascará en la tierra. Tiene la capacidad de recorrer grandes distancias, pero con todo, no puede ir a ninguna parte si primero no le han puesto la vía. Y así es la relación entre la oración y la obra de Dios. No creo que sea necesaria una explicación más detallada, pues espero que todos hayan podido darse cuenta del significado de esta comparación. Sin duda alguna Dios es todopoderoso y obra poderosamente, pero no puede obrar y no obrará si

usted y yo no nos esforzamos mano a mano con El en oración, si no preparamos el camino para su voluntad y si no oramos "con toda oración y súplica" (Efesios 6:18), con el fin de lograr para el Señor la condición necesaria para obrar. Son muchas las cosas que Dios quiere hacer y le gustaría hacer, pero tiene las manos atadas porque sus hijos no le dan apoyo y no han orado para prepararle el camino. Permítaseme decir a todos los que se han entregado completamente a Dios: Examínense a sí mismos para ver si en este asunto han estado limitando al Señor día tras día.

Por lo tanto, nuestra labor más importante es preparar el camino del Señor. No hay ningún trabajo que pueda compararse a este trabajo. Para Dios hay muchas "posibilidades"; pero se convertirán en "imposibilidades" si los creyentes no abren caminos al Señor. Así pues, nuestras oraciones acordes con la voluntad de Dios deben aumentar considerablemente. Oremos exhaustivamente, es decir, oremos hasta la certeza de la respuesta, hasta el fondo, en todas direcciones, para que la voluntad de Dios prospere en todos los aspectos. Aunque nuestras actividades entre los hombres son importantes, el que trabajemos con el Señor por medio de las oraciones que le ofrecemos, es mucho más importante.

La oración no es un intento de restaurar los designios del cielo. Es una idea muy equivocada la de creer que como Dios es inflexible, necesitamos,

por medio de la oración, entrar con El en combate para subyugarle» y hacerle cambiar de decisión. Cualquier oración que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios carece de toda fuerza. Hemos de contender ante Dios como si estuviéramos en desacuerdo, sólo porque su voluntad está bloqueada por hombres o por el diablo y, por lo tanto, deseamos ardientemente que El ejecute su voluntad para que los designios divinos no se retrasen por causa de la oposición. Deseando así que se cumplan los designios divinos y orando, sí, y hasta luchando contra todo lo que se opone a su voluntad, preparamos el camino para que El lleve a cabo sus designios, sin permitir que nada que venga del hombre o del diablo prevalezca temporalmente. Es cierto, parece que estamos luchando contra Dios, pero en realidad tal lucha no es contra Dios, como si lo obligáramos a cambiar su voluntad para acoplarse a nuestros deseos; en realidad la lucha es contra todo lo que se opone a Dios, para que El haga su voluntad. Por lo tanto, debemos darnos cuenta de que no podremos orar como colaboradores de Dios a menos que sepamos realmente cuál es su voluntad.

Habiendo entendido algo el verdadero significado de la oración, seamos doblemente cautos no sea que la carne entre subrepticamente. Démonos cuenta de que si Dios enviara por sí mismo a los trabajadores, entonces, ¡Cristo no nos habría ordenado orar al Señor de la mies que enviara trabajadores! Si el nombre de Dios fuera santificado espontáneamente,

si su reino viniera sin necesidad de nuestra cooperación, y si su voluntad se hiciera en la tierra en forma automática, el Señor Jesús nunca nos habría enseñado a orar de la manera que nos enseñó. Si El mismo fuera a volver sin necesidad de que su iglesia lo pidiera, el Espíritu del Señor no habría movido al apóstol Juan a reclamar a gritos su pronta vuelta. Si Dios Padre fuera a hacer que todos los creyentes fuesen uno en forma espontánea, ¿habría orado nuestro Señor a su Padre para que esto se realizara? Si trabajar de acuerdo con Dios no fuera esencial, ¿cuál sería la utilidad de la continua intercesión de nuestro Señor en el cielo?

Oh, ¡comprendamos que la oración acorde con la voluntad de Dios es más vital que ninguna otra cosa! Porque Dios puede obrar solamente en los asuntos en que sus hijos le han dado apoyo. Dios rehúsa obrar en aquellas áreas en que no hay oración y donde la voluntad de su pueblo no está unida a su voluntad. La oración con unidad de voluntades es verdadera oración. El motivo más alto de la oración no es obtener la respuesta. Es unir la voluntad del hombre con la de Dios para que el Señor pueda obrar. Puede que algunas veces pidamos en forma incorrecta, y por eso nuestra oración quede sin contestar; mas con todo, si nuestra voluntad está unida a la de Dios, el Señor aún ganará, pues aprovechando nuestro acuerdo con El, todavía podrá el Señor llevar a cabo su voluntad

2. OREMOS DE ACUERDO A LA VOLUNTAD DE DIOS

Y esta es la confianza que tenemos en El, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, El nos oye. (1 Juan 5:14)

Me anticipé al alba, y clamé; esperé en tu palabra. Se anticiparon mis ojos a las vigiliass de la noche, para meditar en tus mandatos. (Salmo 119:147,148)

En el año tercero de Ciro rey de Persia fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar; y la palabra era verdadera, y el conflicto grande; pero él comprendió la palabra, y tuvo inteligencia en la visión. En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me unguí con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas... Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de

Persia se me opuso durante veintiún días. . . El me dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Pues ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá. Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad. . . (Daniel 10:1-21)

Al leer el capítulo 10 del libro de Daniel, que nos dice cómo oraba Daniel, debemos notar por lo menos dos puntos.

Punto primero

El primer punto que se debe notar es que todo aquel que verdaderamente ora es una persona que, no solamente acude a Dios con frecuencia, sino que también pone muchas veces su voluntad en la voluntad de Dios; es decir, su pensamiento muchas veces penetra en el pensamiento de Dios. Este es un principio importantísimo de la oración.

Hay una clase de oración que se origina totalmente de nuestra necesidad. Aunque a veces el Señor escucha estas oraciones, sin embargo, El obtiene de ellas poco o nada. Miremos este versículo. "Y él les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos" (Salmo 106:15). ¿Qué significa este pasaje? Cuando Israel clamó a Dios con el deseo de colmar su avidez, el Señor les contestó dándoles lo que pedían, sin embargo, el resultado fue que ellos se debilitaron ante el Señor. Efectivamente, algunas veces Dios escuchará nuestras oraciones y las

contestará solamente para satisfacer nuestras necesidades, aunque su divina voluntad no se haga. Podemos ver que esta clase de oración no tiene mucho valor.

Pero hay otra clase de oración que nace de la necesidad de Dios. Es de Dios, y es iniciada por Dios. Y esta oración es valiosísima. Para tener esta oración, el que ora no solamente tiene que aparecer con frecuencia personalmente ante Dios, sino que también tiene que permitir que su voluntad penetre en la voluntad de Dios, y que su pensamiento penetre en el pensamiento de Dios. Puesto que esta persona vive habitualmente en la presencia del Señor, le es dado a conocer la voluntad y los pensamientos de Dios. La voluntad y los pensamientos divinos se convierten en forma natural en sus propios deseos y, entonces, él los expresa en su oración.

Oh, cuánto deberíamos aprender esta segunda clase de oración. Aunque somos inmaduros y débiles, con todo, podemos acercarnos a Dios y dejar que su Espíritu haga que nuestra voluntad penetre en la voluntad de Dios y nuestro pensamiento en el pensamiento de Dios. Al apropiarnos un poco de la voluntad y del pensamiento divinos, llegamos a entender un poco más cómo obra el Señor y lo que pide de nosotros. Así, en forma gradual, la voluntad y el pensamiento de Dios que hemos conocido y en los cuales hemos penetrado, se convierten en nuestra oración. Y esta oración es de gran valor.

Daniel, habiendo penetrado en el pensamiento de Dios y habiendo palpado su voluntad y su propósito, encontró en el propio corazón de él el mismo deseo de Dios. El anhelo de Dios se reprodujo en Daniel y se convirtió en el deseo de Daniel. Por esto, cuando con gritos y gemidos él expresaba este deseo en la oración, lo que hacía era presentar el deseo de Dios. Esta clase de oración es la que necesitamos, pues ella toca verdaderamente el corazón divino. No necesitamos, más palabras; lo que necesitamos es palpar más la mente del Señor. Que el Espíritu de Dios nos haga penetrar los planes del corazón de Dios.

Por supuesto que el aprender esta clase de oración requiere tiempo. Al comienzo de este proceso de aprendizaje no busquemos más palabras ni más pensamientos. Nuestro espíritu debe estar descansado y en calma. Podemos traer ante el Señor nuestra situación presente y considerarla a la luz de su presencia, o podemos olvidar nuestro estado presente y simplemente meditar ante Dios en su Palabra. O podemos simplemente vivir ante El y tratar de tocarlo con nuestro espíritu. En realidad, no somos nosotros los que nos adelantamos al encuentro de Dios, sino que es Dios el que está ahí esperándonos. Y ahí, en su presencia, percibimos algo y tocamos la voluntad de Dios. La verdadera sabiduría viene en realidad de esta fuente. Mediante esto, nuestra voluntad penetra dentro de su voluntad

y nuestro pensamiento penetra en su corazón. Y desde ahí, nuestra oración se levantará hacia El.

Cuando traemos nuestra voluntad y nuestro pensamiento a Dios, la voluntad y el pensamiento divinos comienzan a reproducirse en nosotros, y luego se convierten en nuestra voluntad y en nuestro pensamiento. Esta clase de oración es valiosísima y de mucha autoridad. Recordemos lo que el Señor Jesús dijo de la oración: "Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (Mateo 6:9,10). Estas no son solamente tres peticiones para que las repitamos. Estas palabras, que descubren la voluntad y el pensamiento de Dios, tienen que ser reproducidas en nosotros cuando el Espíritu de Dios lleva nuestra mente a Dios. Y cuando se convierten en nuestra voluntad y en nuestro pensamiento, la oración que luego elevamos es valiosísima y de mucha autoridad.

Es posible hacer dos clases diferentes de oración sobre exactamente el mismo asunto. Una clase tiene su origen en nuestra propia voluntad. Se basa en nuestro propio pensamiento y en nuestras esperanzas. El Señor puede escuchar y contestar nuestra oración, pero esta oración, por sí misma, tiene muy poco valor. En cambio, si ponemos el mismo asunto ante Dios y dejamos que su Espíritu una nuestra voluntad con la de Dios y nuestro

pensamiento con el pensamiento de Dios, descubriremos en nosotros un deseo vehemente que es en realidad una reproducción de la voluntad y el pensamiento divinos. Supongamos que el Señor está triste y apesadumbrado por la muerte de los hombres. También nosotros sentiremos paulatinamente la urgencia de desear que ni siquiera una sola alma perezca. Y esto es una reproducción del corazón de Dios que nos hace capaces de orar con suspiros interiores. O si el Señor está ansioso y herido a causa del fracaso de sus hijos, esta misma carga se reproducirá en nosotros, con el resultado de que sentiremos las mismas ansias de no querer ver que un hijo de Dios caiga en el pecado y en las tinieblas. Entonces brotarán de nuestro interior la oración y la intercesión. ^Entonces confesaremos, abogaremos por el perdón, y pediremos a Dios que purifique a sus hijos.

Por lo tanto una clase de oración es presentada de acuerdo a nuestra propia voluntad; la otra clase la formulamos como la voluntad de Dios que ha sido reproducida en nosotros y se ha convertido en nuestra voluntad. Qué diferentes son estas dos clases de oración. En el segundo caso, cuando cualquier creyente se presente ante Dios, la voluntad de Dios se reproducirá en él. Se convertirá en su aliento y en su suspiro. Y la oración que se hace de acuerdo a esta voluntad, tiene valor y autoridad.

Dios tiene que hacer muchas cosas en la tierra, tocante a muchas áreas. ¿Cómo, entonces, podremos orar siguiendo nuestro propio sentir y pensamiento? Debemos acercarnos a Dios y dejarle que imprima en nosotros lo que El desea hacer, para que así podamos interceder con gemidos. A veces, cuando nos acercamos a Dios, El pone en nosotros su voluntad de propagar el evangelio; esto, pronto se convertirá en nosotros en una urgencia. Y cuando oremos de acuerdo a esta urgencia, experimentaremos como si nuestro propio aliento estuviera divulgando la voluntad de Dios. El Señor puede poner en nosotros muchos de sus deseos o reproducir muchas de sus cargas. Pero cualquiera que sea el deseo o la carga, cuando se reproduce en el corazón de una persona, esa persona puede hacer de la voluntad del Señor su propia voluntad y orar en consecuencia. Cuando, en el caso de Daniel, él vino ante Dios, presentó cierto asunto; y entonces vimos que oró por eso con hondos gemidos. Qué preciosa y substancial es esta clase de oración. Puede santificar el nombre de Dios, traer el reino de Dios, y hacer que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo.

Punto segundo

El segundo punto que hay que notar es, que cuando hacemos esta clase de oración, nuestra oración revolverá el infierno y afectará a Satanás. Por esta razón, Satanás se levantará para impedir esta oración. Todas las oraciones que vienen de Dios

tocan a los poderes de las tinieblas. Aquí se plantea un combate espiritual. Satanás nos atacará, quizás en nuestro cuerpo físico, en nuestra familia, o en cualquier cosa que nos pertenezca. Pues siempre que surge esta oración, viene el ataque satánico. El enemigo ataca con la intención de que nuestra oración cese. Incluso es posible que trate de lanzar al aire algún obstáculo que retrase la respuesta a la oración. Esa oración debe recibir una rápida respuesta; sin embargo, la respuesta parece estar suspendida en el aire. De este mismo modo, la respuesta a la oración de Daniel se retrasó durante veintiún días, aunque Dios lo escuchó el día que él comenzó a orar. En esta situación, ¿qué hizo Daniel? Se arrodilló ante Dios y esperó hasta que la respuesta a la oración llegó.

Consideremos esto: ¿Nos preguntamos alguna vez por qué nuestra oración queda sin respuesta? Quizás está suspendida en alguna parte, ¡todavía dentro del plazo de los veintiún días! Es posible que la respuesta ya haya salido del trono, pero que haya encontrado oposición y, por lo tanto, esté suspendida en el aire. ¿Por qué? Espera más oraciones en la tierra; necesita personas que paciente y humildemente esperen ante Dios.

Oh, acerquémonos a la presencia de Dios, tengamos calma ante El, apartemos nuestros propios pensamientos y entremos en su pensamiento. Entonces nos daremos cuenta del significado de la oración y veremos en cuántos asuntos está Dios

esperando a que nosotros oremos. Hay cosas alrededor del mundo entero que han de ser motivo de nuestras oraciones, y asuntos de toda clase han de recibir nuestras oraciones. No oremos de acuerdo a nuestros propios sentimientos; en vez de eso, traigamos el deseo de nuestro corazón al deseo del corazón de Dios, y dejemos que su voluntad sea nuestra voluntad, nuestro gemir y nuestra esperanza en el universo.

Nada procede de la voluntad de Dios que no pase por el hombre, y nada de la voluntad de Dios que haya pasado por el hombre se ve libre de un ataque del poder de Satanás. Para que se cumpla la voluntad de Dios se necesita de la oración; para vencer la oposición de Satanás se requiere oración. Ejercitemos la autoridad de la oración desatando lo que haya que desatar y atando lo que haya que atar. No oremos según nuestra propia voluntad. Acerquémonos a Dios y oremos de acuerdo a la voluntad que El ha reproducido en nosotros. Cuando Dios dice que hay que hacer una cosa, también nosotros decimos que hay que hacerla. Cuando Dios dice que algo no debe existir, también nosotros decimos que no debe existir. Debemos olvidarnos de nosotros mismos, tocar la voluntad de Dios, y expresar su voluntad actual por medio de la oración.

3. LA ORACIÓN Y LA OBRA DE DIOS

Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica. (Efesios 6:18)

Así ha dicho Jehová el Señor: Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto; multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños. (Ezequiel 36:37)

Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra. (Isaías 62:6,7)

Uno

Cuando Dios obra, lo hace siguiendo una ley precisa y un principio definido. Aunque El podría hacer lo que quisiera, con todo nunca obra descuidadamente. Todo lo que El hace está siempre

de acuerdo a una determinada ley y principio establecidos por El.

Sin duda alguna El puede trascender todas estas leyes y principios, pues es Dios y es muy capaz de actuar conforme a lo que le plazca. Sin embargo, descubrimos en la Biblia un hecho maravilloso: que a pesar de su infinita grandeza y de su habilidad para obrar de acuerdo a su voluntad, Dios siempre actúa siguiendo la línea de la ley o del principio que El ha establecido. Parece como si Dios, de manera deliberada, se haya sometido a la ley para ser controlado por su propia ley.

'Así pues, ¿cuál es el principio que regula la obra de Dios? La obra de Dios se ajusta a un principio básico: El quiere que el hombre ore; desea que el hombre coopere con El por medio de la oración.

En cierta ocasión un cristiano que sabía orar muy bien, declaró esto; que todas las obras espirituales incluyen cuatro escalones. El primer escalón es que Dios concibe un pensamiento, el cual es su voluntad. El segundo escalón es que Dios revela su voluntad a sus hijos por medio del Espíritu Santo, haciéndoles saber que El tiene una voluntad, un plan, una demanda y una expectación. El tercer escalón es que los hijos de Dios devuelven la voluntad de Dios ofreciéndole oraciones, pues la oración es la manera como respondemos a la voluntad de Dios. Si nuestro corazón es uno con su corazón, nosotros expondremos naturalmente en

nuestra oración lo que Dios intenta hacer. El cuarto escalón es que Dios llevará a cabo esta misma cosa.

Aquí nosotros vamos a poner nuestra atención no en el primer escalón ni en el segundo, sino en el tercero: cómo tenemos que devolver la voluntad de Dios ofreciéndole oraciones. Fijémonos bien en la palabra "devolver". Todas las oraciones de valor contienen en ellas este elemento de "devolver". Si nuestra oración tiene solamente el propósito de lograr nuestro plan y nuestras expectativas, en el terreno espiritual no podemos decir que esta oración valga mucho. La oración debe tener su origen en Dios, y a nosotros nos toca contestarla. Esta es la oración efectiva, pues es la oración que controla la obra de Dios. Cuántas son las cosas que el Señor desea hacer y, sin embargo no las lleva a cabo porque su pueblo no ora. Dios esperará hasta que los hombres se pongan de acuerdo con El, y entonces obrará. Este es un gran principio de la forma como Dios obra, y constituye uno de los principios más importantes de todos los que se encuentran en la Biblia.

Dos

Lo que se dice en Ezequiel 36:37 es sorprendente. El Señor dice que tiene un propósito y es que El multiplicará los hombres de la casa de Israel como se multiplican los rebaños. Esta es la determinada voluntad de Dios. Lo que Dios ha ordenado, Dios lo hace. Sin embargo, Dios no lo va a realizar

instantáneamente, sino que esperará un plazo. ¿Cuál es la razón de la espera? El Señor dice: "Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto." El ha decidido aumentar los hombres de la casa de Israel, pero debe esperar hasta que los hijos de Israel se lo soliciten. Veamos que aunque El ha resuelto llevar a cabo ciertas cosas, no las realizará inmediatamente. Esperará hasta que los hombres muestren su acuerdo antes de que El obre. Cada vez que Dios obra, nunca procede inmediatamente sólo por el hecho de que eso es su voluntad; no, esperará, si es necesario, para que su pueblo exprese su acuerdo en oración antes de que El obre. Ciertamente que esto es un fenómeno sorprendente.

Tengamos siempre presente esta verdad: que todas las obras espirituales son decididas por Dios y deseadas por sus hijos. Todas son comenzadas por Dios y aprobadas por sus hijos. Este es un gran principio en las obras espirituales. "Aún seré solicitado por la casa de Israel", dice el Señor. La obra de Dios espera la petición de los hijos de Israel. Y un día los israelitas en efecto pidieron y sin tardanza Dios procedió a hacerlo para ellos.

¿Nos damos cuenta de este principio en todas las obras de Dios? Después de que Dios ha comenzado algo, se detiene en la ejecución hasta que nosotros oremos. Desde el día de la fundación de la iglesia, no hay nada que Dios haga en la tierra sin la oración de sus hijos. Desde el momento que Dios tiene sus hijos, todo lo hace de acuerdo a la oración

de los suyos. Todo lo sujeta a las oraciones de ellos. No sabemos por qué obra de esta manera, pero sabemos que esto es un hecho. Dios ha querido descender a la posición de deleitarse en cumplir su voluntad a través de sus hijos.

Hay otra ilustración de esto en Isaías 62: "Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis, ni le deis tregua, hasta que restablezca a Jerusalén, y la ponga por alabanza en la tierra" (v. 6,7). Dios intenta poner a Jerusalén por alabanza en la tierra. ¿Cómo va a hacerlo? Pone guardas sobre los muros para que clamen a El. ¿Cómo tienen que clamar? "No reposéis, ni le deis tregua": tenemos que clamar a El incesantemente y no darle reposo. Hemos de seguir orando hasta que Dios realice su obra. Aunque el Señor ya ha deseado poner a Jerusalén por alabanza en la tierra, sin embargo, El pone guardas en los muros. De acuerdo a las oraciones de ellos obrará Dios. Los urge a que oren no una sola vez, sino que oren sin cesar. Sigamos orando hasta que se haga la voluntad de Dios. En otras palabras, la voluntad de Dios es gobernada por las oraciones del hombre. El Señor espera a que nosotros oremos. Entendamos claramente que por lo que se refiere al contenido de la voluntad de Dios, es Dios mismo quien lo decide; nosotros no hacemos la decisión, ni siquiera tomamos parte en ella. Sin embargo, por lo que se refiere a hacer la

voluntad de Dios, eso está gobernado por* nuestra oración.

Una vez un hermano hizo la observación de que la voluntad de Dios es como un tren, mientras que nuestra oración es como la vía de ese tren. Un tren puede viajar a cualquier lugar, siempre que pueda ir sobre la vía. El tren tiene una fuerza tremenda para ir hacia el este, el oeste, el sur y el norte, pero sólo puede ir a los lugares donde la vía ya se ha puesto. Y esto es así, no porque Dios no tenga poder (Dios, como el tren, tiene poder, gran poder); pero como Dios elige ser gobernado por la oración del hombre, por lo tanto, todas las oraciones válidas (como la vía del tren) abren el camino a Dios. Consecuentemente, si nosotros no tomamos la responsabilidad de la oración, estamos impidiendo el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Tres

Cuando Dios creó al hombre, le dio una voluntad libre. Así es que en el universo existen tres voluntades diferentes, a saber: la voluntad de Dios, la voluntad de Satanás, el enemigo, y la voluntad del hombre. La gente podrá preguntarse por qué el Señor no destruye a Satanás en un momento. El Señor podría, pero no lo ha hecho. ¿Y por qué? Porque Dios quiere que el hombre coopere con El en enfrentarse a Satanás. Así resulta que Dios tiene su voluntad, Satanás la suya, y el hombre también tiene la suya. Dios busca tener la voluntad del

hombre unida a la suya. Dios no destruirá a Satanás por sí mismo. Nosotros no sabemos enteramente por qué Dios ha escogido esta manera, es decir, el que Dios no actuará independientemente; Dios busca la cooperación del hombre. Y ésta es la responsabilidad de la iglesia en la tierra.

Cuando el Señor quiere hacer una cosa, primero pone su pensamiento en nosotros por medio del Espíritu Santo. Y solamente después de que nosotros hayamos convertido ese pensamiento en oración, el Señor lo pondrá por obra. Así es como se hacen las obras de Dios; Dios no hará nada de otra forma. El necesita la cooperación de nosotros los hombres. El necesita una voluntad que sea una con la suya y que esté de acuerdo con El. Si Dios hiciera las cosas sin involucrarnos a nosotros los hombres, entonces no hay en absoluto ninguna necesidad de que nosotros estemos aquí en la tierra, ni necesitamos saber cuál es la voluntad de Dios. Sin embargo, toda voluntad de Dios debe ser hecha por nosotros, puesto que El exige que nuestra voluntad sea una con la suya propia.

Por lo tanto, el primer paso al hacer nosotros la voluntad de Dios es que expresemos su voluntad en oración. La voluntad de Dios será expresada por medio de nuestra oración. Aquí podemos ver que la oración es realmente un trabajo. No hay ningún trabajo más importante que la oración, porque la oración cumple y al mismo tiempo expresa la voluntad de Dios. Por esto, toda oración que viene

de nuestra propia voluntad es inútil. Las oraciones que están de acuerdo con la voluntad de Dios, se originan en Dios, se nos revelan a nosotros por el Espíritu Santo, y vuelven a Dios por medio de oraciones. Cualquier oración que está de acuerdo con la voluntad de Dios debe empezar con la voluntad de Dios; los hombres simplemente responden y transmiten esta voluntad. Todas las que comienzan con nosotros, son oraciones sin ningún valor espiritual.

Al leer la historia de la iglesia, podemos notar que todos los grandes avivamientos han venido siempre de la oración. Esto demuestra cómo la oración capacita al Señor para hacer lo que El quiere hacer. Nosotros no podemos pedirle que haga lo que no quiere hacer, aunque ciertamente podemos retrasar lo que El quiere hacer. Dios es absoluto; por lo tanto, no podemos hacerlo cambiar, ni podemos forzarlo a hacer lo que no quiere hacer, ni podemos persuadirlo para que no haga lo que El quiere hacer. Con todo, cuando somos llamados a ser canales de su voluntad, podemos sin duda bloquear la obra de Dios si no cooperamos con El.

Por esta razón, nuestra oración nunca debe ser pedir al Señor que haga lo que El no tiene el deseo de hacer o tratar de cambiar su voluntad. Debe ser simplemente una oración según su voluntad, que por tanto lo capacita para hacer lo que El desea hacer. En el caso de que pidamos insistentemente con la esperanza de forzarlo a hacer lo que El no

tiene intención de hacer, estaremos desperdiciando nuestros esfuerzos, pues nuestra oración no servirá para nada. Si Dios no quiere actuar, ¿quién podrá hacerlo actuar? Una cosa solamente podemos hacer, y esa es el orar por lo que Dios ha deseado. Entonces Dios llevará a cabo su obra porque nosotros somos uno con El.

Tomemos como ejemplo la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés. Cientos de años antes del día de Pentecostés, en el tiempo de Joel, Dios ya había mencionado esta venida. Pero el Espíritu Santo vino solamente después que muchos discípulos se habían reunido y habían orado. Aunque el advenimiento del Espíritu había sido determinado por Dios mucho antes, no se hizo realidad hasta que los hombres hubieron orado. El Señor es capaz de hacer muchas cosas; sin embargo, le gusta hacerlas después de que los hombres han orado. Dios espera nuestro consentimiento. Dios mismo ya quiere, pero desea que nosotros también queramos. Cuántas son las cosas que El ha decidido hacer, y sin embargo espera, porque nosotros no le hemos expresado nuestro acuerdo. Debemos darnos cuenta de que aunque no podemos forzar a Dios a hacer lo que no quiere hacer, sin embargo sí podemos pedirle que haga lo que sin duda alguna El quiere hacer. Con frecuencia perdemos bendiciones espirituales porque fallamos en expresar en la oración la voluntad de Dios.

Si surge alguien y se dedica exclusivamente a la obra de la oración, qué cosa tan excelente será. Dios está esperando a estas personas para que trabajen unidas a El y así lo capaciten para terminar su obra. Algunos cristianos podrán preguntarse por qué el Señor no salva a más pecadores, por qué no hace que los creyentes sean vencedores. Yo creo sinceramente que Dios, sin duda alguna, haría tales obras, con la sola condición de que el pueblo ore. Dios no está opuesto a llevar a cabo la obra, simplemente desea obtener primero personas que trabajen junto a El. Siempre que estas personas comienzan a trabajar con El, Dios inmediatamente actúa. En todas las obras espirituales, el Señor está esperando siempre una expresión del deseo de sus hijos. El que la obra se haga o no se haga depende de cómo sus hijos oren. Por lo tanto, nosotros debemos declarar nuestra cooperación con El. Dios está esperando para bendecirnos. La cuestión ahora es: "¿Oraremos nosotros?"

Los que no conocen a Dios podrán replicar de esta forma: Si Dios quiere hacer algo, ¿por qué no lo hace? ¿Por qué ha de desear que los hombres oren? ¿No lo sabe Dios todo? La mucha oración, ¿no llegará a molestar a Dios? Tengamos presente, sin embargo, que nosotros los humanos somos seres con una voluntad libre. Así como el Señor no puede negar su propia voluntad, tampoco forzará la nuestra. Dios nos esperará si nosotros no oramos según su voluntad. Con todo, ¿no desea Dios que su voluntad se haga en la tierra como se hace en el

cielo? Entonces, ¿por qué no sigue Dios adelante y la realiza? ¿Por qué pide el Señor a sus discípulos que oren: "Padre nuestro que estás en el cielo. . .que se haga tu voluntad, como en el cielo, así en la tierra?" Si Dios quiere que su reino venga, ¿por qué no viene de manera automática? ¿Por qué tienen los discípulos que orar: "Que venga tu reino?" ¿Por qué, si Dios sin duda desea que su nombre sea santificado por todos los hombres, no hace El mismo que sea santificado en vez de requerir que los discípulos oren: "Santificado sea tu nombre?" Todo esto no tiene más razón de ser que el hecho de que Dios no desea hacer nada independientemente, porque Dios elige que los hombres cooperen con El. Dios tiene el poder, pero necesita que nuestras oraciones pongan la vía para que corra el tren de su voluntad. Cuantas más vías pongamos, más abundantes serán las obras de Dios. Por lo tanto, nuestras oraciones deben servir el propósito de poner una inmensa red de vías espirituales. Y cuantas más, mejor.

Cuatro

¿Cómo debemos nosotros poner las vías para la voluntad de Dios? La respuesta: "Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu" (Efesios 6:18). Nuestra oración debe tocar en muchas direcciones. Debemos orar constantemente. Hagamos oraciones específicas y precisas, y también oraciones generales. Muchas de nuestras oraciones, por abarcar mucho, son demasiado

imprecisas; presentan demasiados agujeros por los que Satanás puede entrar con toda facilidad. Si nuestras oraciones fueran completas y bien protegidas, Satanás no tendría ninguna oportunidad de hacer estragos.

Por ejemplo, cuando un hermano sale a predicar, debemos poner la vía para que la voluntad de Dios se cumpla en él. Si solamente oramos unas pocas palabras en una oración general, pidiendo al Señor que lo bendiga, que lo proteja, y supla sus necesidades, esa red de oración es demasiado delgada. Si queremos orar por una persona en particular, debemos extender una red muy cerrada para que Satanás no encuentre ningún agujero por donde colarse. Entonces, ¿cómo debemos orar? Cuando ese hermano se prepara para salir, debemos orar por su salud, por su equipaje, por el tren en el que viajará, hasta por el horario del tren, por su descanso y comidas en el tren, y por la gente que encontrará en el tren. Debemos orar también por todo lo que se relacione con él cuando haya llegado a su destino: orar por el lugar en que se quedará, orar por los vecinos, incluso por las cosas que él leerá, orar también por su trabajo: por el tiempo que le tendrá que dedicar y por todas las otras cosas que se relacionan con el trabajo. Si oramos por él así de extensamente, será muy difícil que Satanás encuentre una abertura por la que pueda atacarlo. El trabajo de la oración es por lo tanto un verdadero trabajo. Los que son perezosos, necios y descuidados no pueden hacer este trabajo. Con

todo, cuan a menudo vemos que, cuando hay personas que oran por una determinada cosa con seriedad y por extenso, la cosa se cumple.

Hay otra lección que debemos aprender aquí. Satanás está tan lleno de engaños, que para nosotros es realmente difícil defendérsenosle sus tretas. Nosotros somos incapaces de orar hasta por el último detalle y, por lo tanto, solamente podemos orar de esta manera: "Oh Señor, que tu preciosa sangre responda a lo que venga de Satanás." Démonos cuenta de que la preciosa sangre de Cristo es la contestación a todas las obras del enemigo. Esta es la mejor oración que podemos presentar contra él, para que no pueda colarse por esta red para asaltar a los hijos de Dios.

Cada vez que oramos, necesitamos ver tres aspectos: primero, debemos ver a quién estamos orando; segundo, debemos conocer a aquél por quién oramos; y tercero, debemos darnos cuenta de quién es contra el que oramos. Frecuentemente sólo nos acordamos de dos aspectos de la oración: el que se refiere a Dios (a quien oramos) y a los hombres (por quienes oramos). Y así hemos pasado por alto el aspecto que se refiere al enemigo. En este asunto de la oración debemos conocer no solamente a quién oramos, sino también contra quién oramos. Debemos conocer por quién oramos, pero debemos también conocer que hay un enemigo que está al acecho para herirnos. Nuestra oración se dirige a Dios, por los hombres, y contra Satanás. Si tenemos

en cuenta estos tres aspectos, es seguro que Dios obrará a nuestro favor.

Todos los que verdaderamente trabajan para el Señor deben extender la red de la oración de tal manera que Dios pueda obrar por medio de esa persona. Dios no está en absoluto opuesto a obrar: simplemente está esperando que las personas oren. Qué ansiosamente espera el Señor que los hombres tengan una vida de oración, cómo la voluntad divina espera las oraciones de los hombres. Muchas veces, sin que de antemano hayamos destinado un tiempo para la oración, sentimos una urgencia para orar. Esto indica que hay un asunto en la voluntad de Dios que requiere nuestra oración. Oremos cuando sintamos la urgencia de la oración: esto es orar de acuerdo a la voluntad de Dios. Es el Espíritu Santo quien nos constriñe a presentar la oración que está de acuerdo con la voluntad de Dios. Cuando el Espíritu Santo nos urja a orar, debemos orar. Si no oramos, sentiremos un ahogo interno, como si hubiéramos dejado de hacer algo. Y si a pesar de todo no oramos, nos sentiremos todavía más oprimidos. Por fin, si decidimos no orar, el espíritu de la oración y la urgencia de la oración quedarán tan embotados, que nos será difícil recobrar este sentimiento y hacer después la oración de acuerdo a la voluntad de Dios.

Cada vez que Dios pone un pensamiento de oración en nosotros, su Espíritu Santo primero nos mueve a tener una urgencia de orar por ese asunto en

particular. Tan pronto como recibamos ese sentimiento, inmediatamente debemos entregarnos a la oración. Debemos pagar el precio de orar bien por ese asunto. Pues cuando el Espíritu Santo nos mueve, nuestro propio espíritu al instante siente una urgencia como si nos hubieran puesto un peso en el corazón. Después de haber orado, nos sentimos aliviados, como si nos hubieran quitado de encima una pesada piedra. Pero en el caso de que no hagamos la oración, experimentaremos el sentimiento de que hemos dejado de hacer algo. Si no hacemos la oración, no estamos en armonía con el corazón de Dios. Si somos fieles a la oración, es decir, si oramos tan pronto sintamos la urgencia de hacerlo, la oración no se convertirá en un peso, sino que en vez de ser así, se convertirá en algo suave y gustoso.

¡Qué lástima que sean tantos los que en este punto apagan el Espíritu Santo! Ahogan la sensación que el Espíritu Santo da para moverlos a orar. Después, serán muy pocas las veces que vuelvan a experimentar esa sensación. Porque ante el Señor ya no son vasos útiles. El Señor no puede lograr nada por medio de ellos, porque ellos ya no pueden expresar en la oración la voluntad de Dios. Oh, si caemos en el estado de ya no sentir la urgencia de la oración, nos habremos hundido en una situación muy peligrosa, pues habremos perdido la comunión con Dios y El ya no puede usarnos en su trabajo. Por esta razón, hemos de ser extremadamente cuidadosos al tratar los sentimientos que nos da el

Espíritu Santo. Cuando sentimos una urgencia a la oración, inmediatamente debemos preguntar al Señor: "Oh Dios mío, ¿por qué cosa quieres que ore? ¿Qué quieres llevar a cabo que necesita que yo ore?" Y si nosotros oramos por eso, la vez siguiente, Dios volverá a confiar en nuestra oración. Pero si no obedecemos la primera urgencia, seremos incapaces de recibir la segunda llamada.

Pidamos al Señor que nos haga fieles en cooperar con El en la oración. Tan pronto como sentimos el peso, descarguémoslo en la oración. Si la carga se hace demasiado pesada y no podemos aliviarla con la oración, entonces debemos ayunar. Cuando la oración no puede aliviar la carga, debe ser seguida por el ayuno. Por medio del ayuno, la carga de la oración puede aliviarse rápidamente, puesto que el ayuno puede ayudarnos a descargar la más pesada de las cargas.

El que continúe haciendo el trabajo de la oración, se convertirá en un canal de la voluntad de Dios. Cuando el Señor tenga algo que hacer, buscará a esta persona. Deseo decir esto: que la voluntad de Dios está siempre buscando una salida. El Señor está siempre a la búsqueda de alguien o de algunas personas que sean la expresión de su voluntad. Si son muchos los que se adelantan a hacer este trabajo, Dios hará muchas cosas a causa de sus oraciones.

4. EL PRINCIPIO DE ORAR TRES VECES

Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras. (Mateo 26:44)

Respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. (2 Corintios 12:8)

Hay un secreto especial sobre la oración que debemos conocer, y es el de orar al Señor tres veces. Esto de "tres veces" no se limita solamente a tres veces, puede referirse a muchas veces. El Señor Jesús pidió a Dios tres veces en el huerto de Getsemaní, hasta que su oración fue escuchada; después de esto, cesó de orar. Pablo también oró a Dios tres veces, y cesó de orar después de haber recibido una palabra de Dios. Así pues, todas las oraciones deben tener en cuenta el principio de las tres veces. Estas "tres veces" no significa que necesitamos orar solamente una vez, dos veces y tres veces, y después parar. Significa simplemente que antes de parar, nuestra oración ha de ser completa, hasta que Dios nos escuche.

Este principio de las tres veces es muy significativo. Debemos prestar atención a este principio, no solamente en nuestra oración personal, sino también debemos prestarle atención en nuestras reuniones de oración. Si esperamos que nuestra oración en una reunión de oración cumpla el ministerio de la iglesia logrando lo que Dios quiere que logremos, debemos tener muy presente este importante principio.

El principio de orar tres veces consiste en orar concienzudamente, hacer una oración completa, hasta ver claramente la voluntad de Dios, hasta que obtengamos la contestación del Señor. En una reunión de oración nunca debemos pensar que, porque un hermano ya haya orado por un determinado asunto, mi oración ya no es necesaria. Por ejemplo, una hermana está enferma y oramos por ella. El que un hermano ya haya orado por esa hermana, no quiere decir que ya no es necesario que yo añada mi oración. No, ese hermano ha orado una vez, yo puedo orar la segunda vez, y otro puede orar la tercera vez. Esto no quiere decir que cada oración tenga que ser hecha por tres personas. La oración debe ser hecha como respuesta a una urgencia o a una carga. Algunas veces tendremos que orar cinco o diez veces. Lo que es importante es que la oración se necesita hasta que la urgencia haya desaparecido o la carga se haya eliminado. En esto consiste el principio de orar tres veces. Este es

el secreto para tener éxito en una reunión de oración.

No dejemos que nuestra oración salte de una parte a otra como un saltamontes: saltar a otro asunto antes de haber completado la oración por el primero y, antes de completar la oración por el segundo, nos encontramos que hemos vuelto otra vez al primero. Esta oración hecha a saltos no elimina la carga y, por tanto, es difícil obtener la contestación de Dios. Una oración así es poco útil y no desempeña el ministerio de la oración.

Para cumplir con el ministerio de la oración hemos de sentir la urgencia de orar ante Dios, tener la carga de oración. No intentamos establecer una ley; aquí sólo queremos presentar este principio. Reconozcamos solamente una cosa: el sentir la carga es el secreto de la oración. Si una persona no siente en su interior la urgencia de orar por un determinado asunto, será difícil que tenga éxito en la oración. En una reunión de oración algunos hermanos y hermanas podrán mencionar muchos asuntos para la oración. Pero si no somos tocados interiormente, no podremos orar. Por lo tanto, cada hermano y hermana que viene a una reunión de oración debe sentir la urgencia de la oración para poder orar.

Al mismo tiempo no estemos totalmente absortos en considerar solamente cuál es el peso que experimentamos; debemos también sentir las cargas

y urgencias de los otros hermanos y hermanas en la reunión. Por ejemplo, una hermana puede tener preocupaciones por su marido; un hermano puede estar enfermo. Si en la reunión de oración una persona pide a Dios que salve al marido de la hermana, y a continuación otra persona pide a Dios que cure la enfermedad del hermano, y luego todavía hay otra persona que presenta a Dios otra cosa, entonces cada persona está orando solamente por su propio asunto particular. Tal oración no está de acuerdo con el principio de orar tres veces. Pues en el ejemplo que acabamos de dar, lo que pasa es que antes de que la oración por el primer asunto se haya completado, se ora por el segundo asunto. Lo que se quiere decir es que en una reunión de oración los hermanos reunidos tienen que notar si la urgencia de orar por el primer asunto ha sido satisfecha. Si todos oran por esa hermana y la carga de esa oración se elimina, entonces los creyentes pueden orar por el hermano enfermo. Antes de que la carga por el primer asunto se haya quitado de encima, los que oran juntos no deben pasar al segundo o tercer asunto de los que requieren oración. Supongamos que toda la asamblea todavía está ocupada en un asunto determinado. Entonces ninguno de los presentes debe tratar de introducir otra oración que responde solamente a sus sentimientos personales.

Los hermanos deben aprender a percibir el espíritu de toda la gente allí reunida. Deben aprender a participar del sentir de toda la asamblea. Veamos

que algunos asuntos podrán necesitar que se ore por ellos sólo una vez, y con esto, la carga ya ha desaparecido. Pero otros asuntos quizá necesiten que se ore dos veces. Mientras que otros asuntos probablemente necesitarán oraciones tres veces o cinco veces antes de que las diversas cargas que los hermanos sentían por ellos hayan desaparecido. Independientemente del número de veces, la carga ha de ser eliminada antes de que la oración por un asunto determinado haya concluido. El principio de orar tres veces no significa otra cosa que orar hasta que la carga se haya quitado de encima.

Por supuesto que en todo esto los creyentes deben darse cuenta de la diferencia entre la oración personal y la oración que se hace en grupo. Cuando alguien ora solo, piensa exclusivamente en sus urgencias personales y en las cargas que él siente; pero en la oración en grupo cada uno debe notar la urgencia de todos los reunidos, en vez de poner la atención solamente en el peso que cada uno siente. Por lo tanto, en una reunión de oración los hermanos deben aprender á percibir el sentir de la asamblea. En algunos asuntos, orar una vez por cada uno de ellos es suficiente. No hay necesidad de orar otra vez, pues la asamblea ya no experimenta ninguna urgencia. Pero por otros asuntos, el orar una vez no es suficiente. Cada uno de estos asuntos necesita oraciones otra vez, y posiblemente una tercera o quinta vez. Antes de haber eliminado una carga, nadie debe comenzar a orar por otro asunto. Todos deben esperar hasta que

el primer peso haya desaparecido y entonces alguno de los hermanos puede cambiar a otro asunto, según que el Señor ponga otra carga para que se ore por ella.

Así pues, en la reunión de oración, aprendamos a orar por un asunto permitiendo que una persona, dos personas, tres o cinco personas oren según sea necesario. Y esto no en el sentido de que cada uno haga su propia oración, sino cuando nos reunimos en asamblea, oremos unánimes. El orar unánimes es algo que debemos aprender. Una persona será capaz de orar por su propia cuenta, cinco personas serán capaces de orar respectivamente, pero todos nosotros, cuando estamos juntos, hemos de aprender una nueva manera de orar, que es orar unánimes. Démonos cuenta de que la oración que se hace juntamente, no viene de forma automática; tenemos que aprender a hacerla. "Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos" (Mateo 18:19). Esto no es algo de poca importancia. Debemos aprender a percibir el sentir de los otros, aprender a captar lo que se llama la oración de la iglesia, y saber cuándo la urgencia de una oración ha sido satisfecha. Y así aprenderemos a desempeñar en la reunión el ministerio de la oración.

5. LA ORACIÓN QUE RESISTE A SATANÁS

También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia.

Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra? (Lucas 18:1-8)

Los tres aspectos de la oración

Nuestra oración tiene estos tres aspectos: (1) nosotros mismos, (2) el Dios a quien oramos, y (3) nuestro enemigo, Satanás. Toda oración verdadera se relaciona con los tres aspectos. Cuando nos reunimos para orar, naturalmente oramos por nuestro propio beneficio. Tenemos necesidades, deseos y esperanzas, y por lo tanto oramos por todo eso; Oramos para lograr nuestras peticiones. No obstante, en la verdadera oración no debemos pedir simplemente las cosas que se refieren a nuestro bienestar, debemos también orar por la gloria de Dios y por el reinado celestial en la tierra. Aunque al obtener la respuesta a las oraciones, nosotros los que oramos somos los beneficiarios inmediatos, la realidad espiritual muestra también que el Señor alcanza gloria y que su voluntad se realiza. La respuesta a la oración da mucha gloria a Dios, pues revela la inigualable grandeza de su amor y de su poder al cumplir las peticiones de sus hijos. También indica que su voluntad se realiza, porque el Señor no contesta la oración que no está de acuerdo con su voluntad.

Nosotros pedimos y Dios es aquel a quien pedimos. En la oración lograda se benefician ambos, el que pide y el que otorga la petición.

El que pide obtiene el deseo de su corazón, y Dios logra que su voluntad se cumpla. No necesitamos insistir en este punto, puesto que todos los hijos de

Dios que tienen algo de experiencia en la oración, saben la relación que existe entre estos dos aspectos de la oración. Pero lo que ahora nos gustaría recordar a los creyentes es el hecho de que si en la oración sólo ponemos atención a estos dos aspectos de Dios y el hombre, nuestra oración todavía es imperfecta. Aunque sea muy efectiva, en el éxito todavía hay derrota, pues aún no hemos llegado a dominar el verdadero significado de la oración. Sin duda que todos los creyentes espirituales conocen la relación absoluta entre la oración, y la gloria y la voluntad de Dios. La oración no es sólo para nuestro propio provecho. Con todo, este conocimiento es incompleto; hemos de tomar en cuenta el tercer aspecto: que cuando oramos al Señor, lo que nosotros pedimos y lo que Dios promete, perjudicará sin duda alguna al enemigo.

Sabemos que Dios rige el universo. Sin embargo Satanás es llamado "el príncipe de este mundo" (Juan 14:30), puesto que "el mundo entero está bajo el maligno" (1 Juan 5:19). Así pues, vemos que en este mundo hay dos fuerzas diametralmente opuestas, buscando ambas la ventaja. Ciertamente que Dios tiene la última victoria; sin embargo en este nuestro tiempo antes del reino de los mil años, Satanás sigue usurpando poder en este mundo para oponerse a la obra, a la voluntad y al interés de Dios. Los que somos hijos de Dios pertenecemos a Dios. Si bajo su protección ganamos algo, es claro que significa que su enemigo sufre una pérdida. La medida en que nosotros ganamos, corresponde

exactamente a la medida de la voluntad de Dios que se realiza. Y la medida de la voluntad de Dios que se realiza, es a su vez la pérdida que Satanás sufre. Puesto que nosotros pertenecemos a Dios, Satanás intenta hacernos fracasar, afligirnos o suprimirnos y, por supuesto, no permitir que ganemos ningún terreno. Esta es su intención, aunque su intención no se cumpla debido a que nosotros nos podemos acercar al trono de la gracia acogiéndonos a la preciosa sangre del Señor Jesús, pidiendo la protección de Dios. Cuando Dios oye nuestra oración, el plan de Satanás es definitivamente derrotado. Al contestar nuestra oración, Dios impide la perversa voluntad de Satanás, y por consecuencia, éste no puede infligirnos el mal que tenía proyectado. Lo que nosotros ganamos en la oración corresponde a la pérdida de Satanás. Así que nuestra ganancia y la gloria de Dios, están en proporción directa a la pérdida de Satanás. Uno gana y el otro pierde; uno pierde y el otro gana. En vista de esto, en nuestra oración debemos considerar no sólo nuestro beneficio y la gloria y la voluntad de Dios, sino también tener en cuenta el tercer aspecto, el que se refiere a Satanás, el enemigo. La oración que no considere los tres aspectos, es superficial, de poco valor, y no podrá lograr muchas cosas.

No hay necesidad de que hablemos de las oraciones superficiales, hechas sin sentido y sin corazón, pues no tienen efecto sobre ninguno de los tres aspectos de la oración. En el caso de un cristiano carnal, sus

oraciones, aunque sean razonables, tienen en cuenta únicamente un aspecto, el de su propio beneficio. El motivo de su oración es lograr lo que él desea. Sólo tiene en cuenta su propia necesidad y anhelo. Con tal que el Señor conteste su petición y le conceda el deseo de su corazón, se da por satisfecho. No reconoce que existe la voluntad de Dios ni tiene en cuenta la gloria de Dios. Y por supuesto, no tiene ni la más remota idea del aspecto que se refiere a hacer que Satanás sufra una pérdida.

Pero no todos los creyentes son carnales. Damos gracias a Dios y lo alabamos por los muchos de sus hijos que son espirituales. Cuando éstos oran, su propósito no es tan egoísta que se den por satisfechos sólo con que el Señor conteste su oración, supliendo la necesidad personal que tienen. También ponen mucha atención a la gloria y a la voluntad de Dios. Ellos esperan que el Señor conteste sus oraciones, no porque quieran solamente lograr algo para ellos mismos, sino porque también Dios se glorifica contestando a sus oraciones. Al orar, no insisten en lograr lo que piden, porque solamente tienen en cuenta la voluntad de Dios. Por lo que a la voluntad divina se refiere, no se trata de si el Señor se complace en conceder sus peticiones, sino en si la contestación a las oraciones estará en conflicto o no con la voluntad de Dios y sus planes de gobernar el mundo. Tienen en cuenta no solamente el asunto por el que oran, sino también la relación de este

asunto con la perspectiva más amplia de la obra de Dios. Así es que sus oraciones cubren los dos aspectos que se refieren a Dios y al hombre.

Sin embargo, muy pocos cristianos consideran en sus oraciones el tercer aspecto, el de Satanás. La finalidad de la verdadera oración no considera solamente el provecho personal (muchas veces ni siquiera se piensa en este aspecto), sino que mira como más importante la gloria de Dios y la derrota del enemigo. Ellos no consideran que su beneficio sea de primera importancia. Piensan que su oración ha sido muy valiosa, si por medio de ella Satanás ha sido derrotado y Dios ha sido glorificado. Lo que ellos buscan en su oración es la derrota del enemigo. Sus miradas no se limitan a lo que los rodea de inmediato, sino que consideran la perspectiva de la obra y la voluntad de Dios en todo el mundo. Con todo, permítaseme añadir que con esto no se sugiere que ellos sólo tienen en cuenta los aspectos que se refieren a Dios y a Satanás, y olvidan completamente el aspecto personal de la oración. De hecho, cuando la voluntad de Dios se cumple y Satanás sufre una pérdida, sin duda alguna que ellos reciben provecho. Por lo tanto, el progreso espiritual de un santo puede apreciarse por el énfasis que se nota en su oración.

La parábola de Lucas 18

En la parábola recogida en Lucas 18:1-8, nuestro Señor Jesús toca los tres aspectos de la oración de

los cuales hemos hablado. Con relación a esto, notemos que en la parábola se mencionan tres personas, a saber: (1) el juez, (2) la viuda, y (3) el adversario. El juez (de manera negativa) representa a Dios, la viuda representa a la iglesia de hoy o a un fiel cristiano, mientras que el adversario tiene el puesto de nuestro enemigo el diablo. Cuando explicamos esta parábola, con frecuencia ponemos la atención solamente en la relación entre el juez y la viuda. Notamos cómo este juez, que ni teme a Dios ni tiene respeto a los hombres, finalmente hace justicia a la viuda porque venía a él constantemente; y sacamos la conclusión: puesto que nuestro Dios no es como ese juez malvado, ¿no nos hará El justicia rápidamente si oramos? Y esto es casi todo lo que explicamos de esta parábola.

Con esto, muchos de nosotros no nos damos cuenta del hecho de que olvidamos a otra persona importante de la parábola. Veamos que de no haber adversario, ¿sería necesario que la viuda acudiera al juez? Si ella se ve obligada a ir al juez es precisamente porque el adversario la oprime. Sobre todo, si consideramos las palabras que la viuda dice al juez, no podremos dejar de reconocer el papel que el adversario tiene en la historia. En gracia a la brevedad, las Escrituras recogen solamente estas pocas palabras: "Hazme justicia de mi adversario", pero ¡cuánto dice esta corta frase! ¿No nos habla de una situación angustiosa en extremo? El pedir justicia revela que hay ofensas. ¿De dónde vienen esas ofensas y daños? De ninguna otra parte más

que de la opresión del ofensor, el enemigo; y así descubrimos la honda enemistad que existe entre éste y la viuda. También comprendemos las dolorosas injusticias que esta viuda ha sufrido en manos del adversario. La queja de ella ante el juez, es sin duda un resumen de sus pasados sufrimientos y de su situación actual. Lo que ella pide es que el juez la reivindique de sus males ejercitando la justicia sobre su adversario.

En cierto sentido, el adversario es la figura central de la parábola. Sin él, no habría ningún conflicto en el que el juez debiera intervenir, ni, naturalmente, la viuda se vería en la triste situación en que está. Sin el adversario, la viuda viviría en paz.

Evidentemente, de no existir un adversario, no habría historia ni parábola, pues el causante de la desgraciada situación es el adversario: él es el instigador de toda la injusticia y aflicción. Por lo tanto, él debería ser el foco de nuestra atención ahora que vamos a fijarnos, uno por uno, en los tres personajes de la parábola.

El Juez

Este juez es la única autoridad de una determinada ciudad. Allí él gobierna por completo. En cierto sentido esto es una representación del poder y de la autoridad de Dios. Aunque en el momento presente Satanás dirija temporalmente el mundo, no es más que un usurpador que se ha metido por la fuerza.

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, arrojó fuera al príncipe de este mundo. Con su muerte, Jesús "despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Colosenses 2:15). Aunque el mundo todavía está sometido al maligno, es una situación totalmente ilegal. Y Dios ha señalado el día en el que su Hijo volverá a tomar el reino y será rey de este mundo durante mil años, y después, eternamente. Antes de la llegada de este tiempo Dios permite solamente que Satanás esté activo, aun cuando el Señor mantiene las riendas del gobierno de este mundo. Satanás podrá dominar sobre todo lo que pertenece al mismo Satanás, podrá hasta llegar a perseguir a los que pertenecen a Dios; sin embargo, todo esto sucede solamente durante un plazo determinado. E incluso en este corto plazo, Satanás está completamente limitado por Dios. Podrá hostigar a los santos, pero solamente dentro de ciertos límites. Aparte de lo que Dios le permita, el enemigo no tiene ninguna autoridad en absoluto. Esto lo podemos apreciar claramente en la historia de Job. De la misma manera que este juez domina en una ciudad entera, así Dios domina en el mundo entero. Y del mismo modo que es completamente ilegal que los que están bajo la autoridad de un juez hostiguen a otros y se conviertan en sus adversarios, así es algo extraordinario, hasta monstruoso, que Satanás, que está bajo la autoridad de Dios, persiga a los santos. Se nos dice el carácter de este juez por sus propias palabras: "Ni temo a Dios, ni tengo respeto a

hombre." Verdaderamente debe ser una persona inmoral, pues no tiene consideración ni a Dios ni a nombre. Sin embargo, debido a las incesantes visitas de la viuda que viene a pedir justicia, se molesta y se aburre tanto con sus quejas, que por fin hace justicia. El Señor Jesús usa a este juez como una comparación negativa, para subrayar la bondad de Dios: pues Dios no es como el juez malvado de la parábola; al contrario, Dios es nuestro Padre amoroso que nos protege; cómo desea Dios darnos lo mejor, y además no está desligado de nosotros como está el juez de la viuda. Así, pues, si un juez como el de la parábola está dispuesto a hacer justicia a la viuda por razón de sus súplicas incesantes, ¿cuánto más, Dios que es la suma virtud, la suma bondad que nos ama y está tan íntimamente unido a nosotros, hará justicia a sus hijos que claman a El incesantemente? Si un juez inmoral hace justicia a una mujer por causa de su continuo clamor, ¿no obrará Dios a favor de sus propios hijos? La razón por la que la viuda obtiene el consentimiento del juez para hacerle justicia, la encontramos en sus incesantes súplicas. Espontáneamente el juez no le habría hecho justicia a la viuda pues era inmoral y malvado. Sin embargo, nosotros habremos de reconocer que la respuesta a nuestra oración a Dios, no sólo viene por nuestras incesantes oraciones (que de por sí deberían ser suficiente para obtener lo que pedimos), sino también por la bondad de Dios. Por esto, el Señor Jesús concluye la parábola preguntando: "¿Y acaso Dios no hará justicia a sus

escogidos?" Estas cuatro palabras "acaso Dios no hará", implican una comparación. Si la viuda depende solamente de su súplica incesante como el medio de conseguir lo que pide, ¿no recibiremos nosotros lo que pedimos por razón de nuestra constante oración a Dios y por razón de su bondad?

La viuda

Esta viuda no tiene a nadie en quien confían La misma palabra "viuda" declara suficientemente su soledad. El esposo de quien ella dependía para poder vivir, ha muerto. Ella es ahora una viuda. Verdaderamente ella sirve muy bien de ejemplo de lo que los creyentes somos en el mundo. Nuestro Señor Jesús ya ha ascendido al cielo; por lo tanto, hablando simplemente desde un punto de vista físico, los cristianos están tan desamparados como una viuda. Lo que Mateo enseña en el capítulo 5 revela nuestra penosa condición de cristianos. Hemos de ser los más mansos de todos, no ofrecer resistencia de ninguna clase; y por lo tanto, en todas partes sufrimos persecución y humillación. El Señor Jesús y sus apóstoles nunca instruyeron a los creyentes que buscaran en este mundo poder y altos puestos; en su lugar, nos enseñan a ser modestos y humildes, y a aceptar el desprecio y la persecución de este mundo rehusando redamar lo que concede la ley y el derecho. Esta es la posición de los creyentes y el camino que el mismo Señor nos ha marcado. Si el Hijo de Dios debió morir en la cruz sin resistir ni protestar, ¿acaso podrán sus

discípulos esperar del mundo un mejor trato? En vista de todo esto, la viuda es verdaderamente un buen ejemplo de nosotros los cristianos de esta época.

El Adversario

Así como la viuda tiene su adversario, también nosotros los cristianos tenemos el nuestro. Y nuestro adversario es Satanás. Hasta el significado de la palabra "Satanás" es "adversario", que quiere decir enemigo: "vuestro adversario el diablo" (1 Pedro 5:8). Por lo tanto, debemos reconocer claramente quién es nuestro enemigo. Entonces sabremos cómo hemos de acercarnos a nuestro juez, que es nuestro Dios, y acusar a nuestro enemigo. Si queremos examinar la razón primaria de la enemistad existente entre nosotros y el diablo, hallaremos que detrás de ella hay una larga historia. Para decirlo resumidamente, esta enemistad comenzó en el huerto del Edén. Después de la caída del hombre, Dios dijo: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15). Ciertamente que el diablo nos hiere a nosotros los humanos, pero es que Dios ha puesto enemistad en nuestros corazones tanto como en el corazón de Satanás.

Sabemos que la simiente de la mujer mencionada en el Génesis se refiere al Señor Jesucristo: El y el diablo están eternamente en enemistad. Y esto es

algo establecido por el mismo Dios. Todo el que cree en el Señor Jesús se coloca al lado del Señor; lógicamente tenemos que dar por sentado que el enemigo del Señor será nuestro enemigo. Del mismo modo, Satanás el enemigo de nuestro Señor, se fijará en nosotros y se nos opondrá. El considera que el Señor Jesús es su enemigo y por lo tanto también tiene a los discípulos del Señor como enemigos. Pero los que no han creído en el Señor Jesús son hijos del diablo (véase Juan 8:44), y naturalmente el diablo ama a los suyos. Pero como nosotros hemos creído y estamos unidos al Señor Jesús, incurrimos en el odio de Satanás como consecuencia del odio que éste tiene a nuestro Señor.

Esta enemistad se hace más profunda de día en día. Como el enemigo es tan fuerte, y nosotros tan pobres y desamparados como la viuda, él usa todos sus poderes para oprimirnos, causándonos grandes pérdidas. Hemos sufrido tanto en sus manos, que no podemos expresar con fuerza suficiente cómo el diablo hace daño hoy a los creyentes. Y si estos perjuicios no son vengados, sufriremos un daño eterno. Qué lástima que muchos hijos de Dios todavía no se den cuenta de la opresión de Satanás. Satanás y los santos

Del mismo modo que el adversario trató injustamente a la viuda, así de mal nos trata hoy el diablo a los creyentes. ¿Quién sabe lo mucho que hemos sufrido en sus manos? Por supuesto que

cuando el diablo nos persigue, nunca se manifiesta ni actúa directamente. El hace todo su trabajo por medio de personas o de cosas. El no quiere aparecer abiertamente. Al contrario, él instiga a la gente del mundo para que obre por él, mientras que él mismo lo dirige todo en secreto. Así como en su primera intervención se disfrazó con la forma de una serpiente, pues igualmente, cada vez que hoy actúa, lo hace encubierto. Por razón de sus engaños, los hijos de Dios se equivocan muchas veces y no reconocen al enemigo real.

Algunas veces él debilita el cuerpo de los creyentes causándoles enfermedades y dolores (véase Hechos 10:38); y con todo, los creyentes quizá miren su estado como consecuencia de la fatiga o de la falta de higiene, sin darse cuenta de que el diablo está obrando detrás del escenario. Sólo con que consideremos este punto, oh ¡qué enormes son los sufrimientos de los cristianos en manos de Satanás! Algunas veces el enemigo incita a la gente de este mundo a perseguir a los creyentes (véase Apocalipsis 2:10), y entonces éstos son atacados por su propia comunidad, amigos y familiares. Sin embargo, ellos piensan que esto se debe al odio de la gente hacia el Señor; y no se dan cuenta de que en realidad es el diablo el instigador de estos ataques.

Algunas veces el diablo se vale de las circunstancias y coloca a los creyentes en dificultades y peligros. Con frecuencia hace que

surjan malentendidos entre los cristianos, con el fin de separar hasta a los amigos más queridos, causando así muchas angustias y lágrimas.

Algunas veces el enemigo priva a los creyentes de los bienes materiales, y los reduce a la necesidad e incluso a la miseria. Otras veces oprime sus espíritus y les hace sentirse deprimidos, desasosegados y desorientados. O los ataca en la voluntad haciéndolos incapaces de elegir libremente y poniéndolos en tal situación que no saben qué hacer. O mete en el corazón de los creyentes un miedo irracional. O Satanás amontona cosas sobre ellos para agotarlos, o les hace perder el sueño para hacerlos sentir exhaustos. O les pone en la mente pensamientos sucios y confusos para debilitar su resistencia, o hasta se disfraza de ángel de luz para engañar y desviar a los creyentes del buen camino.

Es imposible acabar la lista de todas las obras que el diablo hace. En resumen, el enemigo hará cualquier cosa que cause que los creyentes sufran en su espíritu o en su cuerpo, que caigan en pecado, o que incurran en pérdidas y perjuicios. Desgraciadamente, muchos de los hijos de Dios no se dan cuenta de la obra de Satanás cuando están sufriendo en sus manos. Lo que está sucediendo lo atribuyen a causas naturales, accidentales o humanas, y no discernen cómo en muchos sucesos naturales se esconde lo satánico sobrenatural, cómo en muchos episodios accidentales se oculta un plan

diabólico, y cómo en muchos tratos humanos se mezclan las malignas maniobras del enemigo.

Identifiquemos al enemigo

Ahora la tarea más importante para nosotros es la de identificar al enemigo. Debemos saber con certeza quién es nuestro adversario, quién es el que nos causa tanto sufrimiento. Con mucha frecuencia pensamos que nuestros sufrimientos son causados por los hombres. Pero la Biblia nos dice que "no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efesios 6:12). Por esto, cada vez que sufrimos a manos de un hombre, necesitamos recordar que detrás de la carne y la sangre, Satanás y sus poderes de las tinieblas pueden muy bien estar dirigiéndolo todo. Debemos tener la necesaria visión espiritual para discernir la obra de Dios de las maniobras de Satanás que están detrás de todo. Debemos distinguir lo que es natural de lo que es sobrenatural. Debemos estar tan ejercitados en las cosas interiores, de manera que tengamos conocimiento de las realidades espirituales, para que ninguna de las obras ocultas de Satanás pueda escapar a nuestra observación.

Si este fuera el caso, ¿no reconoceríamos que lo que usualmente consideramos hechos naturales o accidentales pueden envolver la obra del enemigo

oculto tras la escena? Veríamos en seguida que Satanás está realmente tratando de frustrarnos a cada paso y de oprimirnos en todas las cosas. Qué lástima que hayamos sufrido tanto por culpa suya en el pasado, sin saber que era él el que nos hacía sufrir. Hoy, parte de nuestro trabajo más urgente, es el crearnos un corazón lleno de aborrecimiento hacia Satanás por su crueldad. No hemos de temer que nuestra enemistad hacia Satanás se haga demasiado honda. Antes de que exista la posibilidad de que podamos vencer, debemos mantener en nuestro corazón una actitud hostil hacia él, decididos a no dejarnos oprimir por él. Tenemos que comprender que lo que hemos sufrido en las manos de Satanás es un perjuicio real que debe ser vengado. El no tiene derecho a atormentarnos, y sin embargo aún así lo hace. Esto es verdaderamente una injusticia, un agravio que no puede quedar sin venganza.

El grito de venganza

Después de que esa viuda ha sufrido mucho, viene al juez pidiendo justicia. Esto es algo que debemos aprender a hacer. Nosotros no acudimos a jueces de la tierra implorándoles que intervengan a nuestro favor. No, pedimos a nuestro juez que no es otro que nuestro Padre Dios en el cielo. Las armas de nuestra milicia no son carnales (2 Corintios 10:4). Por lo tanto, no emplearemos ningún medio terreno o carnal contra los instrumentos de carne y sangre utilizados por Satanás. Muy al contrario, en vez de

mostrar impaciencia, ira o siquiera hostilidad contra ellos, debemos compadecernos de ellos porque no son más que instrumentos de Satanás. Veamos que en el combate espiritual, las armas de la carne son completamente inútiles. No solamente inútiles, sino que con toda certeza, el que las usa, será vencido por Satanás.

Las armas espirituales son de muchas clases como lo podemos ver en Efesios 6. La más eficaz de estas armas es la oración, mencionada en el versículo 18. En realidad, nosotros no tenemos fortaleza y somos incapaces de vengarnos de nuestro adversario. Con todo, sí podemos orar a nuestro Dios pidiéndole que nos venga. La oración es la mejor arma ofensiva contra nuestro enemigo. Con ella podemos preservar intacta nuestra línea de defensa. Por medio de la oración también podemos atacar a nuestro enemigo e infligirle grandes pérdidas en sus planes, en su obra y en su poder. Esa viuda se daba cuenta de que si por sí sola luchaba contra su adversario, no podría vencer, porque siendo ella una débil viuda, no podía resistir a un poderoso picaro como era él. De la misma forma, si los hijos de Dios luchan independientemente, sin confiar por medio de la oración en el poder y en el apoyo de Dios para acusar al enemigo y pedir a Dios venganza, serán también heridos por fieros dardos. En esta parábola el Señor Jesús nos enseña la mejor manera de vencer al enemigo, que es orar a Dios día y noche, pidiéndole que, juzgando al enemigo, nos venga de él.

Oración que resiste a Satanás

La Biblia nos da mucha ayuda en este asunto de orar contra Satanás. Aquí vamos a examinar unos pocos de estos pasajes para aprender a hacer esta oración.

Recordemos cómo en Génesis 3 Dios castigó y maldijo al diablo después de su primera maldad. En esa maldición divina Dios predijo claramente que la cabeza del diablo sería aplastada por el Señor Jesús en la cruz. Teniendo en cuenta esto, cuando estemos sufriendo en las manos de Satanás, podemos sacar provecho del castigo que él recibió y orar así: "Oh Dios mío, maldice a Satanás otra vez para que no pueda hacer lo que quiere. Tú lo aplastaste en el huerto del Edén. Te pido que lo maldigas de nuevo, que lo pongas bajo el poder de la cruz para dejarlo inmóvil." Lo que más teme el diablo es la maldición de Dios. Tan pronto como Dios lo maldice, Satanás no se atreve a herirnos.

En Marcos 1 se hace constar que, cuando el Señor Jesús arrojaba a los demonios, no les permitía hablar. Es por esto que cuando Satanás usa a la gente para decir muchas palabras de incomprensión y de violencia, podemos pedirle al Señor que le cierre la boca y que no le permita hablar por medio de ellos. A veces cuando estamos predicando el evangelio o enseñando a la gente, podemos pedirle al Señor que prohíba al diablo hablar a nuestro

auditorio para inducirles a dudar o a resistir la Palabra de Dios. Recordemos la historia de Daniel en el foso de los leones.

Una oración es realmente muy eficaz: "Oh Señor, cierra la boca del león; no le permitas herir a tu propio pueblo."

En Mateo 12 encontramos otra buena palabra de oración enseñada por el Señor: "¿Cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa" (v. 29). Sabemos que el hombre fuerte al que el Señor se refiere es Satanás. Para vencer a Satanás primero hemos de atarlo y así inmovilizarlo. Pero nosotros mismos, naturalmente no tenemos la fuerza para atar al hombre fuerte y hacerle perder su libertad para oponerse a nuestras obras. Pero podemos orar. En nuestra oración podemos pedir a Dios que ate a Satanás y lo deje sin poder: Si cada vez que comenzamos una obra, primero atamos a Satanás con la oración, nuestra victoria es segura. Debemos siempre orar: "Oh Señor, ata al hombre fuerte."

"Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo" (1 Juan 3:8). Tan pronto como nos demos cuenta de una obra del diablo, podemos orar así: "Oh Dios mío, tu Hijo apareció para deshacer las obras del diablo. Te damos gracias porque El ha deshecho las obras del diablo en la cruz. Pero ahora el diablo está obrando otra vez. Te

pedimos que deshagas su obra en nosotros, que deshagas sus manejos en nuestra obra, que deshagas todas sus tretas en nuestras circunstancias, y que deshagas todas sus obras." Cuando oremos, podemos hacerlo de acuerdo a la situación en que nos encontremos. Si notamos que Satanás está obrando en nosotros, o en nuestra familia, o en nuestro trabajo, o en nuestra escuela, o en nuestra nación, podemos pedirle a Dios que destruya su obra en esa área particular.

Judas recoge las palabras del arcángel Miguel a Satanás: "El Señor te reprenda" (v. 9). Después de pronunciar estas palabras Satanás ya no se atrevió a resistir. Por lo tanto nosotros podemos usar las mismas palabras en nuestra oración contra él. Pidamos al Señor que reprenda al enemigo. Debemos saber que el Señor escucha esta oración. Si le pedimos que reprenda, reprenderá. También debemos creer que después de que el Señor ha reprendido a Satanás, el enemigo ya no puede resistir, pues teme la reprensión del Señor. Cuando el Señor reprendió al viento y al mar, estos elementos le escucharon, e instantáneamente el viento cesó y el mar se calmó. Su reprensión produce el mismo efecto en Satanás.

Al leer los Salmos veremos ¡qué eficaz es la reprensión del Señor! "Entonces aparecieron los abismos de las aguas, y quedaron al descubierto los cimientos del mundo, a tu reprensión, oh Jehová, por el soplo del aliento de tu nariz" (18:15). "A tu

reprensión, oh Dios de Jacob, el carro y el caballo fueron entorpecidos" (76:6). "Quemada a fuego está, asolada; perezcan por la reprensión de tu rostro" (80:16). "A tu reprensión huyeron; al sonido de tu trueno se apresuraron" (104:7). "Reprendió al Mar Rojo y lo secó" (106:9). Estos versículos de la Escritura nos muestran el poder de la reprensión del Señor. Si el Señor reprende a Satanás, éste nunca puede resistir. Cuando el enemigo nos oprima, debemos pedir a Dios que lo reprenda.

En Mateo 16 está escrito que, llevado por el afecto humano, Pedro quiso impedir que el Señor Jesús fuera a la cruz. El Señor lo reprendió diciendo: "Quítate de delante de mí, Satanás" (v. 23). Siempre que el diablo use a nuestros amigos o parientes para, por el afecto humano, impedirnos hacer la voluntad de Dios, podemos pedirle a Dios que quite a Satanás de delante de nosotros.

En Mateo 6 encontramos que el Señor Jesús nos enseña a orar de esta manera: "Líbranos del mal" (v. 13). Puesto que no sabemos cuándo vendrá el maligno a molestarnos, debemos orar con estas palabras.

Nuestro Señor Jesús, "despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Colosenses2:15). Siempre que veamos el poder del diablo en un alboroto, debemos resistirlo poniéndonos en el terreno de la cruz y pidiendo al Señor que

avergüence al diablo una vez más. El diablo ya ha sido avergonzado en la cruz; por eso, tomando esa primera humillación, podemos pedir al Señor que lo avergüence otra vez. Cuando el diablo es avergonzado, no se atreve a levantar la cabeza. Entonces, ¿cómo va a molestarnos otra vez? Por esto oremos así: "Oh Señor, nos ponemos al pie de la cruz y te pedimos que avergüences al diablo otra vez."

Duración de la oración

¿Por cuánto tiempo debemos hacer esa oración? Sabemos que hay muchas oraciones que basta que se hagan una sola vez. Pero la oración que ataca a Satanás nunca podrá hacerse demasiadas veces. El propósito de esta parábola que nuestro Señor nos ha dado es "la necesidad de orar siempre" (Lucas 18:1). Este juez vindica a la viuda, no por hacer justicia ni por ninguna otra razón, sino porque no puede soportar que ella lo visite constantemente. ¿No se dice el juez a sí mismo: "Le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia"? En consecuencia, esta clase de oración debe hacerse sin descanso. Esta oración contra el adversario no es para ser dicha solamente en tiempos de especial necesidad. Ha de ser mantenida como una actitud y exhalada incesantemente en el espíritu durante los días ordinarios cuando todo está en calma. El Señor Jesús, al explicar esta parábola, preguntó: "¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a El día y noche?" Por lo

tanto, esta clase de oración debe hacerse día y noche sin cesar. Debemos acusar a nuestro enemigo ante Dios incesantemente, puesto que en Apocalipsis 12 se nos dice que Satanás "los acusaba (a los hermanos) delante de nuestro Dios día y noche" (v. 10). Si él nos acusa día y noche, ¿no debemos nosotros acusarlo también día y noche?

Esta es verdadera venganza: como el diablo nos trata, así le trataremos. El clamor de esta viuda continuó hasta que el adversario fue juzgado y castigado, y ella quedó vindicada de su ofensa. Mientras haya otro día más en el que Satanás sea todavía el usurpador del mundo, y mientras que todavía no sea aprisionado en el abismo sin fondo o arrojado al lago de fuego, no cesaremos de orar contra él. Hasta que Dios nos haya vengado y Satanás haya caído verdaderamente del cielo como un rayo, nuestra oración no cesará. ¡Qué grande es el deseo de Dios de que nosotros mostremos odio profundo hacia el diablo! ¿No hemos sufrido bastante por su culpa? El ha demostrado su enemistad hacia nosotros a cada paso de nuestro camino; él nos ha hecho sufrir terriblemente en el cuerpo y en el espíritu; ¿por qué hemos de soportar su persecución sin palabras y sin oración? ¿Por qué no nos hemos levantado para acusarlo delante de Dios con palabras de oración? Debemos buscar vindicación. ¿Por qué no nos acercamos a Dios continuamente y acusamos al enemigo, aliviando así la exasperación contenida por tanto tiempo? El

Señor Jesús nos llama hoy a que nos oponamos al diablo con la oración.

El efecto de la oración

¿Cuál es el efecto de esa oración? Su efecto puede verse en dos tiempos diferentes. El primero es el efecto inmediato. Cada vez que el enemigo es acusado, Dios le impide otra vez que nos haga daño. Aunque después de algún tiempo podrá volver, sin embargo, durante el período en que lo acusamos, no se atreve a hacernos ninguna violencia; cada vez que reclamamos la victoria de la cruz, esa victoria se hace real para nosotros una vez más. Cada vez que oramos contra el enemigo, el Señor vuelve a deshacer su obra y a reprenderlo. Si oramos una vez más, Satanás sufrirá una derrota más. Cuando Dios escucha nuestra oración una vez más, el provecho de Satanás es arrebatado una vez más.

Pero este efecto va más allá de lo inmediato. Aquí el Señor Jesús se refiere a la justicia final.

Cuando nosotros oramos una y otra vez, el Señor reprende al diablo y deshace sus obras una y otra vez. Pero esto todavía no es final, es decir, no es de una vez para siempre; como el diablo es restringido sólo temporalmente, todavía tiene que sufrir las consecuencias de su derrota final. "¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a El día y noche?", pregunta el Señor, "¿se tardará en

responderles?" Esto se refiere a la última destrucción de Satanás. Sabemos cómo el enemigo va a ser apresado en el abismo sin fondo durante el reinado milenar. Después, el mismo Señor Jesús lo arrojará al lago de fuego. Entonces será la última vindicación de los creyentes. Por esta razón, los cristianos de hoy deben ofrecer muchas oraciones contra el diablo, para que sus ofensas sean vengadas para siempre. Ahora es el tiempo de la paciencia de Dios. Aunque el Señor sí escucha las oraciones de los creyentes y pone límites a las obras de Satanás, con todo no ha acabado de arrojarlo fuera, de manera que ya no pueda molestarnos.

Por lo tanto, ahora es también el tiempo en que los creyentes deben orar para apresurar la llegada de ese día. A este respecto, nuestra oración parece tener el efecto de acelerar la obra de Dios. Si la viuda no hubiera insistido siempre, ¿quién sabe cuándo el juez le hubiese hecho justicia de su adversario? Su continuo pedir aceleró el día de su vindicación. Hoy nosotros debemos hacer lo mismo. "Os digo", dice el Señor, "que pronto les hará justicia.", Parece que con esto el Señor quiere indicarnos que la rapidez de la obra de Dios está determinada por la frecuencia de nuestras oraciones. Si nosotros acusamos siempre al diablo en la oración, Dios nos hará justicia rápidamente. Cuando el Señor Jesús venga otra vez, arrojará a Satanás del cielo a fin de despojarlo de todo su poder. La oración que acusa a Satanás apresurará el día de la venida del Señor.

Obremos unidos a Dios

A menudo pensamos que Dios hace todas las cosas de acuerdo a su voluntad. Sin duda que es así. Sin embargo, es sólo un lado de la verdad, no toda la verdad. Dios obra de acuerdo a su voluntad, éste es ciertamente su principio; pero cuando Dios comienza a obrar, espera siempre antes de hacer algo, a que sus hijos expresen su conformidad con su voluntad por medio de la oración.

Cómo necesita Dios que los hombres obren unidos a El. El Señor tiene ciertamente su propia voluntad, pero quiere que los hombres pidan de acuerdo a la voluntad divina. Entonces El llevará a cabo rápidamente la obra que El ha determinado. Sin la oración de sus hijos, que indica que ellos obran unidos al Señor, El solo no hará lo que desea hacer. La intención de Dios es destruir al diablo. Su voluntad es sin duda hacer justicia a los creyentes. Sin embargo, el Señor espera las oraciones de sus hijos. Así como el juez de la parábola no habría hecho justicia a la viuda si ésta no hubiera venido a insistir por su causa, así hoy Dios no hará justicia rápidamente a los creyentes si no oran contra Satanás. No sabemos exactamente por qué esto es así, pero sí sabemos lo mucho que a Dios le gusta que 6U pueblo obre unido a El. Naturalmente, la acusación debe basarse en hechos. Pero como los creyentes son indiscutiblemente hostigados por Satanás, pueden acusarlo ante Dios del mal trato

que han recibido. Y esto traerá la muerte de Satanás.

Los últimos días

Cuando el Señor Jesús terminó de decir esta parábola, concluyó con esta pregunta final: "Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?" A juzgar por estas palabras, parece como si en el tiempo de su pronta venida, habrá una gran falta de esta clase de oración entre su propio pueblo. Y no hacen esta oración porque no tienen fe. Piensan que arrojar a Satanás del cielo al abismo sin fondo y luego al lago de fuego es algo demasiado grande y demasiado difícil. Puesto que la promesa de que "el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies" (Romanos 16:20) todavía ha de cumplirse después de veinte siglos, ¿cómo voy yo a esperar que Dios vaya a acabar con Satanás a causa de mi oración? Lo que el Señor Jesús quiere decir con sus palabras es que en el tiempo de su inminente retorno a la gente le faltará fe para orar respecto de este asunto. Sin embargo, los últimos días son el tiempo cuando debemos orar así. ¿Podemos ser nosotros los pocos fieles creyentes que en los días en que esta oración hace tanta falta, ofrezcamos oraciones contra el diablo para hacerle perder ventaja y poder? Sabemos que en los últimos días Satanás y sus espíritus malignos estarán excepcionalmente activos en sus obras. Por lo tanto, hemos de orar más que nunca contra él y derrocar su gobierno.

Hablando con toda verdad, no hay obra más grande que los hijos de Dios puedan hacer hoy que esta obra. ¿Quién está dispuesto a orar contra Satanás por la gloria de Dios y por su propio bien?

"Disputa, oh Jehová, con los que contra mí contienden; pelea contra los que me combaten. Echa mano al escudo y al pavés, y levántate en mi ayuda. Saca la lanza, cierra contra mis perseguidores; di a mi alma: Yo soy tu salvación. Sean avergonzados y confundidos los que buscan mi vida; sean vueltos atrás y avergonzados los que mi mal intentan. Sean como el tamo delante del viento, y el ángel de Jehová los acose. Sea su camino tenebroso y resbaladizo, y el ángel de Jehová los persiga. Porque sin causa escondieron para mí su red en un hoyo; sin causa cavaron hoyo para mi alma... Muévete y despierta para hacerme justicia, Dios mío y Señor mío, para defender mi causa" (Salmo 35:1-7, 23).

6. OBSERVACIONES SOBRE LA ORACIÓN

Primera. ¿Nos ha dado Dios suficiente provisión para la oración?

Sí, Dios nos ha dado suficiente provisión en su Hijo por medio del Espíritu Santo. Si no fuera así podríamos hallar motivos para no ejercer nuestro privilegio y nuestro deber de la oración. Pero gracias a Dios, el Señor nos ha provisto todas las condiciones para que estemos cerca de El y vivamos en su presencia. Podemos resumir su provisión en dos palabras: confianza y ayuda.

Consideremos primero "confianza". Confianza significa tener la habilidad de poner (algo) al cuidado de otro por buena fe, el denuedo de fiarse de él, la plena seguridad de depender de él, y todo lo demás que implica esta actitud. Verdaderamente esto supone muchas cosas. Pero una confianza así es esencialísima para la oración y para toda la vida cristiana. Si nuestra relación con el Señor está llena de indecisiones porque no tenemos ni la seguridad

ni la confianza, toda nuestra vida se resentirá fatalmente. Fijemos nuestra atención en los siguientes pasajes de la Biblia:

"Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que El nos abrió... y teniendo un gran sacerdote... acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe..." (Hebreos 10:19-22). "Por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes" (Romanos 5:2). "Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre" (Efesios 2:18). "En quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él" (Efesios 3:12).

La verdadera confianza tiene su fundamento sólo en un factor: únicamente Cristo. Tenemos el privilegio absoluto de acercarnos a Dios porque Cristo mismo es ese privilegio. Este es el plan de Dios. En el nombre de Cristo podemos llegar al Padre a cualquier hora y desde cualquier lugar. Nosotros nunca nos presentamos al Padre en nuestro nombre o por nuestros méritos, porque esto sería simplemente imposible. Venimos al Padre solamente en el nombre del Hijo.

En Efesios 3:12 se dice que en Cristo Jesús nuestro Señor tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en El. Nosotros no venimos ante Dios presentándole nuestra "indignidad"; sino que

es Cristo el que nos toma de la mano y nos lleva delante del Padre. El lleva a la presencia del Padre a todos los que están lavados con su sangre, a todos los que han sido resucitados de entre los muertos, pues estamos revestidos de "El" como nuestra ropa de justicia. Por lo tanto, nuestra confianza es el mismo Cristo.

Ahora consideremos el término "ayuda". ¡Bienaventurados los que pueden acercarse a Dios con seguridad y confianza! Es cierto que tenemos este altísimo privilegio, y sin embargo sentimos tanto nuestra propia incapacidad, nuestra debilidad y nuestra insensatez, que no sabemos cómo hemos de orar. Qué bueno es entonces conocer y experimentar aquí la cooperación y ayuda del Espíritu Santo.

"Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos" (Romanos 8:26,27). Donde más claramente se manifiesta nuestra debilidad es en la oración. Ninguna otra actividad espiritual pone de manifiesto nuestra debilidad tanto como la oración. Todos sabemos la gran dificultad que los discípulos tuvieron en el huerto de Getsemaní. No podían velar y orar. Pero, gracias a Dios, nosotros tenemos al todopoderoso Espíritu

Santo que nos ayuda. Hemos de confiar en el Espíritu Santo que habita en nosotros y que obra con poder dentro de nosotros, pues El es nuestra ayuda en tiempos de enfermedad e incertidumbre. Aunque nosotros no sabemos cómo hemos de orar, con todo, el Espíritu Santo que está dentro de nosotros y que sí sabe la voluntad de Dios, nos enseñará a orar como Dios quiere. Más todavía, dará sentido a nuestra relación con Dios y nos llevará a una comunión verdadera. Por lo tanto, cuando oremos, dependamos del Cristo en quien creemos y del Espíritu Santo que nos ayuda.

Segunda. ¿Por qué Satanás trata de oponerse a la oración?

Satanás está determinado a cortar nuestra comunicación con el cielo; por lo tanto, está dispuesto a pagar cualquier precio para estorbar la verdadera oración. Démonos cuenta bien claramente de que él ataca sin descanso tanto la oración de la iglesia como la de los creyentes. El sabe que si tiene éxito en su ataque a la oración, ya puede descansar tranquilo. Por eso hemos de estar vigilando y en guardia contra el enemigo, especialmente cuando vamos a orar.

Al defendernos de los ataques de Satanás debemos poner especial atención a las áreas siguientes:

- (1). Satanás atacará nuestra confianza en el Señor. El sabe que si puede hacernos sentir nuestra

indignidad e incapacidad y que estamos perdiendo la confianza en el Señor, habrá destruido el ánimo para orar.

- (2). Algunas veces también nos ataca en el cuerpo, hasta en nuestros pensamientos y nervios u otros aspectos relacionados con el cuerpo. Cuando nos sentimos cansados y sin fuerzas, no nos gusta orar. Tomemos precauciones para no sentirnos así y poder vencer. Y en cuanto a las cosas que no podemos controlar, el Señor será responsable.
- (3). A veces el diablo atacará el tiempo que tenemos reservado para la oración, tanto para la privada como para la que hacemos en la iglesia. Muchos han experimentado esto. El enemigo es muy sutil. Si no puede lograr que el tiempo de la oración lo pasemos ocupados en otra cosa, tratará por todos los medios que en ese tiempo no tengamos verdadera oración. Frecuentemente sí podemos mantener el tiempo dedicado a la oración, pero nos falta la vida de oración.
- (4). A veces Satanás ataca nuestra comunión constante con el Señor, levantando como una espesa pared entre nosotros y el Señor, para que no podamos establecer contacto. Tal parece como si una misteriosa niebla nos apartara del Señor.
- (5). Finalmente, se propone empujarnos hacia la oscuridad, para que no veamos la necesidad de la oración. Distraerá constantemente nuestra atención hacia otras cosas, para así herir

nuestra vida de oración. Ojalá no caigamos nunca en esta trampa. Debemos mirar hacia el Señor, reunir mucho material para la oración y poner mucha atención a los intereses y a las necesidades de Dios. Nuestra responsabilidad en la oración es algo muy importante, por lo tanto, vigilemos y oremos.

Tercera. Aparte de la oración personal, ¿a qué otra clase de oración debemos atender de acuerdo a la Palabra de Dios?

Debemos tener oración colectiva, que es la oración de la iglesia.

Cuando hablamos de la oración de la iglesia, no por eso dejamos de ocuparnos con la oración privada ni de creer en la importancia de la oración personal. Pero veamos que es una regla en el reino de Dios, que lo que una persona no puede hacer en ciertos aspectos, debe ser hecho con la mutua ayuda de la comunidad. Sobre todo en el campo de la oración, es necesaria la ayuda mutua. Todos los que siguen al Señor de cerca, ven con frecuencia la necesidad de orar unidos con otros creyentes. A veces sentimos lo inadecuado de nuestra propia oración. Especialmente al orar por asuntos tan colosales como el reino de Dios, se requiere la fuerza de toda la iglesia. "Mi casa", dice el Señor, "casa de oración será llamada" (Mateo 21:13). A esta podemos añadir: "...la cual casa somos nosotros" (Hebreos 3:6).

"Otra vez os digo", declara el Señor, "que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mateo 18:19,20). Tanto los hechos como la experiencia nos dicen que la porción de Cristo es más grande cuando los creyentes se reúnen en el nombre del Señor, que en cada individuo, pues el Señor está en medio de la iglesia, mientras que no puede estar en medio de un individuo (no puede estar "en medio de" un individuo, porque el Señor está en el individuo. La porción de Cristo en medio de la iglesia es lo que no puede tener una persona individualmente). Cuando verdaderamente nos reunimos en el Señor, qué amplitud de horizontes experimentamos al orar, qué mucho más fuertes nos sentimos para la batalla de la oración. Todavía más, en una reunión de oración a menudo recibimos la revelación de la mente de Dios por medio del Espíritu Santo, que nos hace sentir una urgencia y también nos da las palabras para orar. Sin duda que son muchas las cosas que podemos decir sobre la oración de la iglesia, pero quizá sea suficiente decir sólo una palabra importante: que la oración de la iglesia nunca puede substituir a la oración privada, aunque también hay que considerar que la oración personal siempre abarcará menos que la oración de la iglesia y nunca tendrá su alcance.

Cuarta. En la obra de la oración, ¿cuáles son los aspectos que necesitan más atención?

Hay unos pocos aspectos a los cuales hemos de poner especial atención, y entre ellos están los siguientes:

- (1). Tengamos comunión con el Señor en todas las cosas. Debemos poner todas las cosas de nuestra vida ante el Señor, pues en la vida cristiana no hay nada común ni insignificante. Tener comunión con el Señor en todas las cosas debe ser nuestro hábito natural y diario (véase Filipenses 4:6).
- (2). Pidamos y sigamos pidiendo, pues el Señor se goza en que le pidamos. El es rico y dadivoso y por eso quiere que los hombres le pidan. "Si a alguno de vosotros tiene falta..., pida a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada" (Santiago 1:5,6). "No tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal" (Santiago 4:2,3). El pedir incluye la confianza y el deseo. Si el motivo de nuestra petición es puro, no hay nada mejor.
- (3). Meditemos e intercedamos. Nos presentamos ante el Señor para orar por otros. Verdaderamente esto es colaborar con el Señor en su función de sumo sacerdote, pues El intercede incesantemente por su pueblo en sus necesidades (Hebreos 7:25; Colosenses 4:12).

- (4). Oremos sin cesar. Al hablar de orar importunamente necesitamos, ante todo, rechazar el concepto equivocado que nos dice que nuestro Dios no está dispuesto a contestar las oraciones. El orar insistentemente significa solamente que, después de haber visto con claridad lo que Dios necesita, seguimos orando. ¿Por qué el Señor no contesta inmediatamente? ¿Por qué se prolongan los días de su silencio? Aquí hay, por lo menos dos razones: (a) que Dios necesita una reacción completa de su pueblo en lo que se refiere a las cosas que a El le importan y en las que tiene gran interés; y (b) que algunas veces la oración constante es necesaria por causa de cierta clase de necesidad: porque por las fortalezas que Satanás ha levantado, hace falta oración más intensa para destruirlas (veamos Mateo 7:7,8; Marcos 9:28,29).
- (5). Oración ejecutiva. Como estamos unidos al Señor que se sienta en el trono (pues es Señor de todo), podemos orar en su nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2:9).
- (6). Oración combativa. Por medio de la oración presentamos la victoria de la cruz aplicándola a todas las cosas. La táctica de la oración está tomada de la victoria del Señor (véase Efesios 6:10-20).
- (7). La oración de fe. En determinadas circunstancias el Espíritu Santo nos imparte la seguridad interior que nos hace conocer la voluntad de Dios. Entonces veremos que

nuestras oraciones son instantáneamente concedidas (véase Hechos 9:40).

- (8). Urgencia de oración. Esta oración es como el dolor y la congoja de un nacimiento espiritual, que consiste en participar de los sufrimientos de Cristo, con el corazón del Padre y con los gemidos indecibles del Espíritu Santo, hasta el día de gloria (veamos Gálatas 4:19).

Quinta. ¿Cuál es el objetivo central de la oración? Dios desea tener una iglesia gloriosa. El propósito central de la oración es preparar para Cristo una iglesia gloriosa que sea conforme a El. Esta es la revelación de toda la Biblia. Es el pensamiento central de Dios. Necesitamos prestarle una atención especial, pues es asimismo el deseo del Señor. Antes de su crucifixión El expresó este pensamiento en la gran oración intercesora conservada en Juan 17. En las epístolas de Pablo este deseo del corazón es también muy evidente. Con esto no se quiere sugerir que hay que disminuir las oraciones por los demás asuntos, sino que esto ha de servir para dar un enfoque central a todas las oraciones que se ofrezcan. Teniendo este objetivo en la mente, nuestras oraciones alcanzarán un nivel más alto. Si vemos que la predicación del evangelio no sólo causa que la gente pase de la muerte a la vida, sino que principalmente lleva a los hombres a una eterna y maravillosa unión con el Cristo glorioso, entonces nuestra oración intercesora por el mundo aumentará necesariamente, en vez de disminuir. Todavía más, una de las grandes

necesidades de hoy es hacer que el mundo, a través de la iglesia, vea la gloria de Cristo. Por el poder del Espíritu Santo la iglesia debe impresionar al mundo con el hecho de que ella es verdaderamente el canal de la bendición del mundo. Finalmente, es la determinada voluntad de Dios que nosotros tengamos una comunión más inteligente y más íntima con El. El quiere que nosotros, sus muchos hijos, vengamos a El en su amado Hijo nuestro Señor Jesucristo. Desea que muchos sacerdotes acompañen al gran Sumo Sacerdote (el que está "viviendo siempre para interceder por ellos" — Hebreos 7:25) en su obra intercesora. "Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre" (Apocalipsis 1:6). "Mas vosotros sois. . . real sacerdocio" (1 Pedro 2:9).

7. LAS TÁCTICAS QUEBRANTADORAS DE SATANÁS

Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará. (Daniel 7:25)

Satanás tiene su obra, y ésta es atacar a los hijos de Dios. Puede que su ataque no sea repentino; a menudo viene gradualmente y despacio. Daniel 7:25 menciona cómo Satanás "quebrantará" a los santos del Altísimo. De hecho Satanás tiene un plan contra los santos del Altísimo, y es el de quebrantarlos — desgastarlos, agotarlos, acabar con ellos. Por lo tanto, reconozcamos claramente que la obra de Satanás en la vida de los hijos de Dios, con frecuencia no es muy perceptible, puesto que su trabajo para quebrantarlos es lento.

El significado de "quebrantar" puede llevar la idea de desgastar un poco en este minuto, luego desgastar un poco más en el minuto siguiente. Deshacer un poco hoy y un poco más mañana. Así

la obra de desgaste es casi imperceptible; mas con todo es una obra destructora. Uno apenas se da cuenta de esta actividad desgastadora de Satanás, pero el resultado final será el de no dejar nada. Por tanto este principio de la obra de Satanás en la vida de los hijos de Dios consiste en quebrantarlos hasta desgastarlos completamente. El nos quebrantará hoy un poquito, y un poco más al día siguiente. El nos hará sufrir un poco ahora y un poco más después. Quizá pensemos que es algo insignificante, pero Satanás sabe que las consecuencias de este quebrantamiento son el total desgaste de los santos.

Por esta razón la Biblia indica que "el amor de muchos se enfriará" (Mateo 24:12), que significa ponerse frío poco a poco. También menciona cómo cierta muchacha que tenía un espíritu de adivinación, por muchos días iba gritando detrás de Pablo y de sus compañeros (véase Hechos 16:17,18). Todavía más, las Escrituras también hacen constar que cuando Félix esperaba que Pablo le diera dinero, hacía venir a Pablo muchas veces y se comunicaba con él (Hechos 24:26). Y el Antiguo Testamento también describe cómo Dalila con sus palabras hacía presión a Sansón cada día y le importunaba tanto, que su alma fue reducida a mortal angustia (Jueces 16:16). Así es como Satanás quebrantará frecuentemente a los hijos de Dios: poco a poco y por muchos días. "El día malo" de que se habla en Efesios 6:13 se refiere a las tácticas quebrantaduras y desgastadoras de Satanás.

Debemos pedir a Dios que nos abra los ojos para que podamos discernir cómo Satanás quiere quebrantarnos y cómo debemos combatir sus tácticas desgastadoras.

Quebrantamiento del cuerpo físico

Especialmente por lo que al cuerpo humano se refiere, podemos ver fácilmente cómo el enemigo quebranta a los hijos de Dios. Podemos recordar dos ejemplos: la enfermedad del cuerpo de Job (Job 2:7,8) y el aguijón en la carne de Pablo (2 Corintios 12:7). Estos son ejemplos clásicos de cómo Satanás quebranta el cuerpo de los hombres. Hay bastantes cristianos que sufren enfermedades y debilidad en el cuerpo después de ser salvos, siendo así que antes eran muy saludables. Ojalá que el Señor nos abra los ojos para darnos cuenta de que el enemigo que siempre está maquinando contra los hijos de Dios es Satanás. Como caso parecido, debemos fijarnos en cuántos siervos del Señor, antes de que se dedicaran a predicar el evangelio, gozaban de buena salud, pero cuando se entregaron a trabajar por el Señor, perdieron la salud en un corto plazo de tres a cinco años. Este es el enemigo que quebranta a los santos del Altísimo. El hace que los hijos de Dios coman un poco menos hoy y duerman un poco menos mañana. Hace que hoy se sientan algo cansados y mañana un poco más. De este modo, añadiendo un poco cada vez, al final la salud del creyente queda totalmente quebrantada. Así es la obra de Satanás.

Quebrantamiento del corazón del hombre

Satanás hace su obra no sólo en el cuerpo, también obra en el corazón humano. Al creer en el Señor por primera vez, uno puede sentirse muy feliz, y lleno de gozo y de paz. Pero si no vigilamos y somos ignorantes de lo que el enemigo puede hacer, llega un día en que de manera misteriosa nos sentimos incómodos. Hoy nos sentimos un poco inquietos, mañana algo infelices y al día siguiente algo deprimidos. Poco a poco la paz y el gozo han desaparecido completamente. Esta es la forma en que el diablo nos lleva a un estado de hastío y desesperación.

Quebrantamiento de la vida espiritual

Satanás también quebranta nuestra vida espiritual. Nos quita la vida de oración poco a poco, nos hace que confiemos en Dios menos y menos y que confiemos en nosotros mismos más y más. Y esto lo hace gradualmente, un poco cada vez. Así, cada vez nos hace sentir un poco más inteligentes que antes. Paso a paso nos lleva a confiar más en nuestras propias cualidades, y esos mismos pasos son los que alejan nuestro corazón del Señor. Entendamos que si Satanás atacara a los hijos de Dios de una vez y con gran fuerza, éstos sabrían defenderse del enemigo, pues inmediatamente reconocerían su obra. Lo que es tan villanamente sutil en Satanás es que no se nos viene encima con

un gran ataque; no, emplea las tácticas de desgastar y quebrantar a los santos lentamente durante un largo período, logrando así que los hijos de Dios vayan apartándose y perdiendo un poco de terreno cada vez. El usa esta táctica gradual para quebrantar a los hijos de Dios.

Mal uso de nuestro tiempo

Satanás también nos hará desperdiciar el tiempo. Félix hacía venir a Pablo a menudo y hablaba con él. Después de dos años de conversaciones con el gran apóstol, todavía no era salvo. Este es el procedimiento del enemigo para agotar a los hombres. Hoy, Pablo es invitado a hablar, pero sin lograr ningún resultado; mañana vuelve a ser invitado y el resultado es también nulo; al día siguiente otra vez es invitado, y lo mismo, sin resultado alguno. Así Pablo se vio envuelto en una actividad completamente estéril durante dos años. ¡Cómo el enemigo nos hace desperdiciar el tiempo y las energías!

Si los hijos de Dios no aprenden a discernir las tretas de Satanás, caerán fácilmente en sus trampas. Hemos de redimir nuestro tiempo y sacar el provecho de cada hora. Hemos de contrarrestar las tácticas con que Satanás consume nuestro tiempo y resistirle para que no nos haga trabajar en obras que no darán ningún fruto.

Plan de desgaste de la consagración de Sansón

Sansón tuvo sus fallos, pero no debió haber perdido su consagración al Señor, ni tampoco su testimonio de separación. En la historia de Sansón el perder la consagración significa perder el poder y el perder el testimonio significa perder la presencia de Dios. Sansón era un nazareo, es decir un hombre consagrado a Dios. Satanás sabía que la razón de la fuerza extraordinaria de Sansón era su consagración, y por lo tanto, para quebrantarlo se propuso destruir su consagración. ¿Cómo lo hizo? Usó a una mujer llamada Dalila, la cual "presionándole cada día con sus palabras e importunándole (a Sansón), su alma fue reducida a mortal angustia. Le descubrió, pues, todo su corazón" (Jueces 16:16,17). Así es como Sansón reveló el secreto de su gran fuerza, y como consecuencia cayó en el lazo que Satanás le había preparado: perdió su consagración, su fuerza, su testimonio de separación, y la presencia de Dios. Ese "presionándole cada día" que nos dice la Biblia, es la obra del enemigo.

Si Dios nos abre los ojos seremos capaces de ver que Satanás, para quebrantar y desgastar a los hombres, emplea toda clase de procedimientos: les quebranta el cuerpo, el corazón y la vida espiritual. No ataca con violencia; los desgasta y agota lentamente. Por lo tanto, debemos guardarnos de las tácticas quebrantaduras de Satanás. No debemos

permitirle que nos desgaste. Al contrario, tenemos que resistir cada uno de sus ataques.

Debemos detestar la obra quebrantadura de Satanás

Cuando Pablo estaba predicando en Macedonia encontró a una muchacha que tenía un espíritu de adivinación. Ella lo seguía y daba grandes voces diciendo: "Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación." E hizo esto durante muchos días, hasta que Pablo, muy enojado, se volvió y dijo al espíritu: "Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella." Y el mal espíritu salió en ese mismo momento (véase Hechos 16:16-18). En circunstancias tales, necesitamos tener un aborrecimiento como el que Pablo demostró aquí.

No debemos detestar a los hombres, pero hemos de aborrecer a los espíritus malignos. Pablo, con toda seguridad, abominó al mal espíritu, pero no a la muchacha. El mandó al mal espíritu que saliera de ella, pero al hacerlo, no increpó a la muchacha. Siempre que el diablo quebrante a los hombres, tengamos esta clase de aborrecimiento que tenía Pablo. Si de verdad sabemos cómo trata Satanás de quebrantarnos, hemos de pedir a Dios que nos dé esta clase de aborrecimiento, que consiste en increpar a Satanás y sentirnos airados contra él. Son muchos los que pierden la paciencia con los hombres, y sin embargo, por raro que parezca, no

saben descargar su enojo en Satanás. Cuando están molestos o se sienten ofendidos por otros, desahogan la ira en forma escandalosa, y en cambio, no se dan cuenta de cómo el enemigo los está quebrantando. Día tras día Pablo se veía molesto por Satanás, hasta que su exasperación llegó a tal punto que habló para oponerse al espíritu maligno y, entonces, el espíritu salió de la muchacha. Por lo tanto, no nos quedemos siempre callados. Levantemos la voz para resistir y oponernos. Si los hijos de Dios se enojaran y abrieran la boca para oponerse a Satanás, todo marcharía bien. Si los hombres se airasen contra el diablo, habríamos de gritar, ¡Aleluya!, ¡qué magnífico! Pero qué triste es ver que algunos son tan débiles, que permiten que el enemigo los quebrante constantemente. Los hijos de Dios deben estar llenos de enojo contra Satanás y deben aborrecerlo. Si se enojaran contra él y le demostrasen aborrecimiento, dejarían de experimentar el quebrantamiento constante que el enemigo les causa.

A veces, cuando el enemigo está quebrantándonos respondemos con el silencio, lo sobrellevamos con paciencia y sufrimos calladamente, hasta que nos encontramos tan disgustados dentro de nosotros mismos y tan enojados que exclamamos: "¡Me opongo a esto!, ¡no lo toleraré!" Y solamente por decir esto, por habernos enfadado contra él, nos encontramos aliviados y termina el proceso de quebranto. Por lo tanto, los hijos de Dios deben

levantarse para rechazar y reprobador al enemigo. Hay quienes no logran aliviarse porque todavía tienen "fuerzas" para aguantar. La persona que sigue soportando ese continuo desgaste y malestar satánico, y permite que el diablo le acabe las energías, el gozo y la vida espiritual, ¡ha caído en la trampa del enemigo! Tengamos siempre muy claro que no debemos airarnos contra las personas que Satanás usa; al contrario, debemos ser pacientes con ellas, incluso amarlas. Pero debemos oponernos y resistir a la secreta conspiración de Satanás. Si nos oponemos a lo que él hace, pronto estaremos libres.

El poder para resistir al malo nos vendrá si discernimos la presión que nos hace. Hay algunos creyentes que, cuando se sienten manipulados y asaltados, se oponen y resisten al enemigo; y sin embargo no encuentran fuerzas en sí mismos. Esto es porque no se han dado cuenta de la presión de Satanás. Aunque lo resisten, parece que les falta la fuerza para levantar la voz contra el enemigo. El que podamos oponernos a él o no, depende de cuánto lo detestamos. Si no estamos profundamente indignados contra él, las palabras que le dirijamos se desvanecerán en el aire. Pero si estamos realmente exasperados, entonces nos sentiremos airados contra él. Este enojo se convierte en nuestra fuerza. Al abrir entonces nuestra boca, lo hacemos huir.

Esta clase de aborrecimiento es una revelación. Al darnos cuenta de cómo el diablo sigue y sigue quebrantándonos, nos oponemos a él. En el momento que nos damos cuenta de esto, Satanás sabe que su táctica ha sido descubierta y sus esperanzas están perdidas. Que Dios tenga de verdad misericordia de nosotros y permita que podamos reconocer el quebrantamiento que nos causa la obra de Satanás. Veamos claramente que si lo soportamos con paciencia, es seguro que la obra de Satanás continuará; pero si explotamos de indignación, inmediatamente nos dejará solos. Entendamos que todos los medios de resistencia son inútiles, a menos que hablemos alto y claro para oponernos a él; entonces veremos que Satanás se siente forzado a retirarse. Si algún día llegamos a darnos cuenta de lo que Satanás está haciendo, cómo él lo planea todo, nos levantaremos decididamente y declararemos: "¡Lo rechazo!, ¡me opongo a esto!" Y a medida que Dios nos da tal resistencia, el resultado se producirá instantáneamente.

En conclusión debemos leer Efesios 6:13, donde Pablo escribe que "habiendo acabado todo" debemos "estar firmes"; debemos estar firmes y no tolerar que Satanás continúe quebrantándonos. Debemos pedirle al Señor que nos abra los ojos para que veamos qué obra quebrantadura está haciendo Satanás en los hijos de Dios. Ojalá que nos levantemos para resistir y hablar contra el enemigo. Ojalá declaremos atrevidamente: "¡Me

resisto, me opongo, no tolero tal quebrantamiento!" Si rechazamos y resistimos cualquier táctica de desgaste que Satanás use contra nosotros, seremos testigos de la salvación del Señor y de la liberación de las estratagemas opresoras de Satanás.

Estas promesas necesitan ser cubiertas por la sangre. ¡Que el Señor nos cubra con su sangre!

Nos agradecería recibir noticias tuyas.
Por favor, envíe sus comentarios sobre
este libro a la dirección que aparece a
continuación.

Muchas gracias.

The logo for 'Vida' features the word in a bold, serif font. A small, stylized globe icon is positioned above the letter 'i'.The logo for 'ZONDERVAN' is written in a large, bold, serif font. The letters are underlined with a double horizontal line.

Editorial Vida
7500 NW 25 Street, Suite 239
Miami, Florida 33122

Editorial Vida tiene el placer de presentar esta decimotercera reimpresión de la obra del prolífico escritor chino T. S. (Watchman) Nee. En ella, Nee comparte con nosotros lecciones sobre la oración que aprendió a través de los años. El autor considera que la oración es un misterio, aunque no incomprensible. Nos dice que la oración es trabajar junto con Dios. Mediante la oración, se cumplen los fines de Dios, y se frustran los designios de Satanás. Otro aporte más para el lector que quiere profundizar en el conocimiento de la vida espiritual.

ZONDERVAN

EDITORIAL **Vida**
DEDICADOS A LA EXCELENCIA

WWW.ZONDERVAN.COM

WWW.EDITORIALVIDA.COM

ISBN 0-8297-1046-9

EAN



9 780829 710465